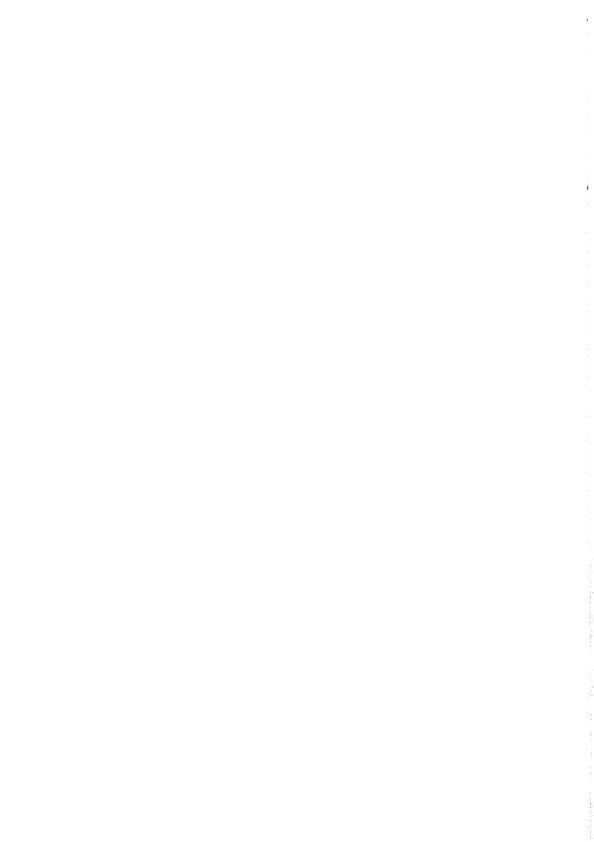
### La Epopeya española en Toledo

(Crónica breve de los hechos acaecidos desde el 18 de Julio de 1936 hasta la fecha).



# La Epopeya española en Toledo

El Maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo decía en una ocasión solemne: «ningún pueblo se salva y emancipa sino por su propio esfuerzo intelectual, y éste no se concibe sin la plena conciencia de sí mismo, que sólo puede formarse con el estudio recto y severo de la Historia» (1). Y en otra afirmaba: «Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo, menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil» (2).

Días amargos en la vida de la Patria eran aquéllos, y al escribir sus cuartillas, no pudo el sabio y patriota polígrafo dejar de consignar las reflexiones que en toda alma española habían de flotar necesariamente al contemplar los sucesos en los que se descubría un triste presente y un desastroso porvenir. Por eso decía: «Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y, corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la Historia nos hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para

<sup>(1)</sup> Discurso pronunciado en 25 de Octubre de 1910 con motivo del Homenaje celebrado al ser elegido Director de la Real Academia de la Historia.

<sup>(2)</sup> Dos palabras sobre el Centenario de Balmes, discurso enviado al Congreso Internacional de Apologética.

retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular!».....

Afortunadamente, la voz profética de Menéndez y Pelayo, secundada por la de sus discípulos, no cayó en el vacío, y si el ataque fué rudo, la defensa ha sido enérgica. A las plañideras del 98, han replicado los acentos viriles de la nueva generación de los héroes y de los mártires. Al egoísmo materialista, se ha opuesto el sacrificio ideal. A un siglo XIX minado por teorías destructoras, ha sucedido un siglo XX en el que la tradición vuelve por sus fueros para asegurar la continuación de la Humanidad en los campos de la sólida cultura.

Víctimas hubo en el pasado siglo que, con su debilidad crítica y por su poderosa fantasía, contribuyeron a ahondar el abismo cuando, pensando piadosamente, habremos de creer que tal vez se proponían nivelar su profundidad. El poeta Núñez de Arce, por ejemplo, comentaba en 1879, como prólogo de su poema Idilio: «Nuestra sociedad está enferma: los trastornos políticos y sociales, las contiendas religiosas, la lucha de los intereses, las contrariedades de la vida y la general experiencia, han desarrollado vigorosamente el entendimiento humano, pero han debilitado su energía, y hay innegable desequilibrio entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales. Pasma y maravilla el vuelo que la razón ha tomado en nuestra época, la osadía de sus concepciones, la profundidad de sus juicios, la alteza de sus miras y hasta la generosidad de sus propósitos; pero no pasma ni maravilla menos la anemia moral y el desfallecimiento egoísta a que han llegado los caracteres y las conciencias. Todo está postrado, todo está caído, todo está casi disuelto: la fe religiosa, la fe politica, el amor de la Patria, la confianza de los principios, y, por un doloroso contrasentido, hasta el sentimiento colectivo de la justicia, precisamente cuando las almas vislumbran con mayor claridad la noción del derecho. Diriase que una corriente invisible, pero arrolladora, empuja y precipita al mundo, falto de voluntad y fatigado del ejercicio de su propio pensamiento, hacia los abismos de la fuerza, donde, como en el seno de la muerte, todo enmudece, se paraliza y se corrompe».

Lamentos faltos de orientación fueron éstos, ya que, los mismos que patrocinaron la defensa de la ideología de Núñez de Arce, han tenido que recurrir a sostener que, en el fondo, profesaba el poeta la fe de sus mayores, con lo cual se manifiesta el profundo error que cometió al ensalzar lo que destruía a la Patria, presentando como hermosa a la duda (1). Es inadmisible que, aquel que así pensara, escribiera los sonetos A un agitador, en los que se vislumbra lo que era fácil vaticinar cuando de tal modo claudicaban quienes conducían a la plebe por derroteros de tal naturaleza, y mucho menos, que publicara las estrofas sobre América, páginas de leyenda negra que nunca puede acoger quien conozca medianamente la Historia.

Había de desembocarse en la tragedia cuando el siglo XIX legaba hombres como Pérez Galdós, cuyas son estas palabras: «Ya no puedo volver atrás, ni lo quiero tampoco, que una vez perdida la fe, y conociendo la escasez de elementos que aquí existen para cosa más alta, yo me entrego al Destino; y siguiendo a los que de cualquier modo y con un fin cualquiera conmuevan esta sociedad, iré a presenciar sus convulsiones sin esperanza de que de esta lucha salga nada útil ni bueno» (2). Suyas son también las siguientes: «Grandes turbas de gente obedecen ciegamente nuestro mandato. Eso bueno tienen las ideas exaltadas: que es muy fácil llevar al pueblo al terreno de los hechos, incitándole con ellas. El pueblo se deja llevar, y le gusta que le lleven» (3).

Quienes de tal manera demostraban conocer la psicología de las multitudes y el daño inmenso que producen ideas de naturaleza extremista, mal pueden ser perdonados cuando patrocinaban tales exaltaciones, y poco caso se les puede hacer cuando tomando derrotero contrario para engañar a incautos, escribían: «Sobre todos mis sentimientos, domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período, comprendido entre 1805 y 1834. Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, jaún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patrial En cambio, yo aún

<sup>(1)</sup> Tomamos el ejemplo del autor de los Gritos del combate, como uno entre los muchos del siglo XIX en los que se confiesa la falta de sinceridad, que produjo trastornos y vacilaciones en la gente siempre dispuesta a dejarse arrastrar por aquellos a quienes toma como corifeos, porque halagan sus apetitos y pasiones.

<sup>(2)</sup> El Audaz, Madrid, 1926, pág. 225.

<sup>(3)</sup> La Fontana de Oro, Madrid, 1921, pág. 239.

puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega, y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día» (1).

Demasiado clara estaba la procedencia de la filosofía que negaba el sentido de la Patria, para que pudiera considerarse caso de inconsciencia el hermanar semejantes maldiciones con las propagandas de sistemas sociales y políticos que tenían la misma raíz. Por incongruencias tamañas, por prevalecer egoísmos sobre los intereses nacionales, se fraguó, se fomentó y se llegó a un punto culminante en las desgracias patrias. No obstante, las voces nobles, que jamás faltaron, y los pechos valerosos, que no temieron ser barricada contra la perfidia, fraguaron no menos, fomentaron y llegaron hasta la meta, para salvar a la civilización, que se cuarteaba impelida por los vientos primitivos que soplaban desde el oriente europeo.

La epopeya española del siglo XX, ha sido la consecuencia de las fragilidades del siglo XIX, como nuestra gloriosa guerra de la Independencia, fué el digno colofón puesto a las elocubraciones enciclopédicas del siglo XVIII. Malogrado en el pasado siglo el momento en que España tornaba por sus fueros y por su época de oro, porque los esfuerzos de los elementos militares y populares que conservaban la solera hispana, se anquilosaron ante las intrigas de las sectas secretas y extranjerizantes, precisaba un nuevo amanecer más impetuoso y más solemne que el ferviente grito del Dos de Mayo. El estudio recto y severo de la Historia de que nos hablaba Menéndez y Pelayo, fué la raíz que dió vida al solemne día del 18 de Julio de 1936 (2). En este día de luz y de heroísmo comienzan los hechos que hemos de recoger en esta modesta crónica.

<sup>(1)</sup> Episodios Nacionales. Trafalgar. Edición de Madrid, 1882. Imp. y Lit. de La Guirnalda. Tomo I, pág. 14.

<sup>(2)</sup> Al ajustar estos pliegos, se ha llegado felizmente al sublime dia de la paz, en el que nuestro invicto Caudillo firmó personalmente el parte de guerra sencillo y eterno, como la Verdad, que nunca falta en la Vida de los pueblos y de las naciones, porque Dios es quien señala su camino.

I

1.—Antecedentes.—En el año 1931 se encontraba Toledo bastante fiel a su tradición; por ello, al proclamarse la República, se intensificó la propaganda con objeto de transformarlo; gozaban ya de plena libertad los provocadores, y los actos políticos tomaron aspecto unilateral para la perturbación constante. Cuando en Mayo se incendiaron las iglesias de Madrid, se extendieron las noticias por la ciudad con temor de que repercutiesen los hechos; pero no pasó nada, lo cual revela el ambiente que representaba todavía la normalidad en la población, si bien ya había habido manifestaciones, y en ellas se había centrado la protesta contra el Emmo. Sr. Cardenal Segura, dándose el caso ignominioso de que, los que en mayor número formaron los grupos callejeros y con más ahinco gritaron, fueron aquellos que habían concurrido a los comedores que costeaba el Cardenal.

La salida de Su Eminencia en la forma que es de todos conocida, se comentó con dolor por las personas sensatas, quienes se vieron sorprendidas por el atropello; las turbas pasaron del clamoreo público a la murmuración y la procacidad individual. Periódicos insolventes se permitían nombrar a las más respetables personalidades con motes y comentarios faltos de la más elemental educación y propagadores de las mayores injurias y calumnias. La fisonomía de Toledo cambió muy rápidamente. En el Municipio se oyeron frases desconocidas en sesiones oficiales. El muy docto y enérgico Catedrático jubilado, ex Director del Instituto Nacional de 2.ª Enseñanza y Director de la REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS, D. Teodoro San Román, Concejal monárquico, salió por los fueros de la verdad y de la Historia cuando los nombres de Alfonso el Sabio, de los Reyes Católicos y de Carlos V especialmente, se barajaron a capricho para campañas de demolición y de ruinas.

Consecuencia de todo ello fué un ambiente callejero comentado por los mismos que desempeñaban cargos de autoridad, y que no dejaron de publicar disposiciones destinadas, aparentemente, a dotar a la capital del respeto que debe reinar en todo lugar de turismo; empero, estas disposiciones resultaban letra muerta ante la conducta de quienes firmaban consejos y prometían castigos, para reir luego las gracias de los muchachos que habían sido denunciados.

Una huelga tuvo consecuencias luctuosas por la perpetración de una añagaza contra los guardias de Asalto, víctimas de los disparos hechos, en medio de la oscuridad, y aprovechándose del desconocimiento del terreno de quienes habían llegado de Madrid en la mañana de aquel día. El luctuoso suceso hizo que se destinara a Toledo guarnición de Asalto, con lo que se creyó conjurado un peligro posterior.

Las elecciones de Febrero de 1936.-No se ha de hacer mención de los desaprensivos procedimientos electorales que se emplearon por el Frente Popular; se ha de hacer constar solamente que, a partir de estas elecciones, en las que la victoria de la candidatura de derechas fué rotunda en Toledo, y pudo haber llegado al copo, hubo incidentes que demostraron que ya se contaba, por parte de los partidos de izquierda, con núcleos dispuestos para la violencia, amparados en sus atropellos por los mismos gobernantes, escaladores del Poder por procedimientos bastardos. Se amenazó al Convento de Santa Isabel y a otros. Un grupo de jóvenes se aprestó a la defensa de estos edificios sin más elementos que sus brazos y su corazón. El periódico A B C publicó una fotografía en la que aparecieron dichos jóvenes. Por la noche anduvieron por las calles patrullas de afiliados a partidos extremistas que, incitados por el Gobernador, se dedicaban a apalear a los citados muchachos y a sus amigos. Los anónimos, las amenazas en pleno día y la actuación de las patrullas a la luz del sol, conmovieron la tranquila vida toledana.

En Agosto de 1934 había sido asesinado el industrial señor Moraleda con las agravantes de nocturnidad y alevosía, y, detenidos los autores del crimen, se verificó el juicio correspondiente. Los testigos declararon con gran valentía, y el Tribunal sentenció a los culpables, los cuales fueron llevados al penal de Chinchilla. Por la amnistía regresaron en triunfo desde el penal y entraron en Toledo en medio de una manifestación ruidosa. El número de los concurrentes a estos actos aumentaba notablemente, y se fueron organizando actos sucesivos para hacer recuento de fuerzas. En unas instrucciones revolucionarias que se publicaron en El Socialista poco tiempo antes de iniciarse el MOVIMIENTO NACIONAL, figuraba Toledo como provincia que había de

quedar a la expectativa; pero las noticias privadas y los síntomas que claramente se percibían, demostraba que tales instrucciones no respondían a una completa realidad, y se habían publicado para desorientar a confiados y prevenir a sus propios correligionarios.

Incidentes graves.—Un domingo por la tarde se presentó un grupo de mujeres en actitud airada en el local en que celebraban sus actos las Damas Catequistas con las obreras y obreros, y, sacando varios utensilios, les prendieron fuego en medio de la calle. Lo incombustible del edificio hizo que el incendio no se propagara, como era la intención, pues algunas quisieron extender su acción hasta el interior del salón de actos. Otro domingo actuó una patrulla contra un guardia de Asalto, y, al defenderse éste, caído al suelo, disparó su pistola y produjo la muerte a uno de los apaleadores. Al día siguiente sirvió el entierro para nueva manifestación, reclutándose a cuantos se encontraban por la calle. En los primeros dias de Junio tuvo sintomático relieve el incidente entre un vendedor de periódicos extremistas y unos cadetes que protestaron de las procacidades que les dirigía el vendedor. Los alumnos de la siempre gloriosa Academia de Infanteria, Caballeria e Intendencia, fueron enviados al Campamento de los Alijares, y allí estuvieron hasta que el nuevo Gobernador civil gestionó el regreso. También en la tarde en que llegaron los cadetes hubo algún incidente, con el que se pretendió nublar el general aplauso con que fueron recibidos los pundonorosos y valientes alumnos con sus Profesores.

Julio de 1936.—Cuando se iniciaron los acontecimientos se intentó armar a los elementos populares, a lo cual se opuso el Gobernador civil. Reclamados desde el Ministerio armamentos y municiones, y ya en Toledo el Coronel D. José Moscardó—quien había ido a Madrid con motivo del viaje de la Comisión militar que había sido designada para tomar parte en la Olimpíada de Berlín—tornaron los hechos la orientación ya conocida y que luego comentaremos. Llegadas contra la Ciudad al mando de Riquelme las hordas que se habían aglomerado en Madrid para irrumpir y propagar el desconcierto por doquiera que fuese necesario, se entabló en la carretera una lucha desigual en la que los defensores de la población disponían de armamento muy inferior, pero tuvieron a raya a los que pretendían internarse en ella. Al

fin, y tras ordenada retirada de las fuerzas mandadas por el Comandante D. Ricardo Villalba, a cuyo cargo estuvo el sector que hubo de resistir el rudo y tumultuoso choque, penetraron las hordas en las calles de Toledo para asediar al Alcázar, donde se replegaron los héroes que habían de escribir la Gesta de los setenta y dos días de magna epopeya.

Organizaciones de orden.-La lucha pudo sostenerse porque los elementos de orden no se dejaron minar el terreno pasivamente. En efecto, para las elecciones de las llamadas Cortes Constituyentes, hubo dos beneméritos patricios que ofrecieron sus energías para mantener los principios básicos de la sociedad, de la familia y de la Religión: fueron D. Ramón Molina y don Dimas de Madariaga. El primero gozaba de gran prestigio, ganado en noble ejercicio de su misión sacerdotal, ya como Párroco de la Iglesia de Santa Leocadia, ya como Canónigo de la Santa Iglesia Catedral Primada. Con su laboriosidad y su ejemplar vida había sabido captarse las generales simpatías, y todo su prestigio lo puso al servicio de Dios y de la Patria en aquellos momentos de peligro. Fué secundado desde el primer instante por el señor De Madariaga, honrado obrero que fundaba sus afanes en la doctrina del Crucificado, y que no regateó sacrificio para que no se hundiese España en el cenagal por el que se aprestaban a arrastrarla los que se habían encaramado en el Poder merced a la vesania general que se extendió cual epidemia fulminante. Los dos se encuadraron luego en la organización que reconoció por Jefe al Sr. Gil Robles.

Tal fué la actividad y acierto que tuvieron estos dos Diputados, que a su alrededor surgió potente Acción Popular en la provincia. Más tarde quedaron bastante nutridas las líneas de Falange Española, distinguiéndose vivamente en ellas D. José Sáinz, Jefe de la oficina de Turismo. La mayor parte de la juventud perseguida en los meses de Febrero a Julio de 1936, fué de falangistas, y casi la totalidad de los jóvenes que se aprestaron a la defensa de los edificios religiosos amenazados por las turbas, también pertenecían a Falange. Las iras del populacho contra esta organización se demostraron en el asalto realizado contra el local social, situado en Zocodover, debiendo hacerse constar que, aun cuando contaban con la protección del entonces nombrado Gobernador civil, sólo se atrevieron a llevar a

cabo el asalto en día en que se hallaban ausentes la mayor parte de los afiliados, entre ellos el Sr. Sáinz. Por su parte, se reorganizaron las huestes de Renovación Española, y, cuanto mayor fué la intensidad de la propaganda marxista, mayor fué también el entusiasmo por reconstruir los organismos políticos de derechas y por engrosar los organismos que propugnaban las nuevas normas constructivas del Estado. El himno de Falange se escuchó en Toledo apenas se acabó de escribir.

Con tales impulsos, era natural que, al estallar el Movimiento salvador de la Patria, las fuerzas militares contasen con la colaboración de la población civil en número mayor todavía del que pudo aprovecharse de un modo positivo.

2.—Las primeras horas.—Las noticias del Movimiento llegaban con irregularidad y confusiones desde los primeros instantes. El domingo, día 19, lanzaba Radio Toledo a los espacios la declaración del Estado de Guerra decretado por el heroico Coronel D. José Moscardó, declaración leída en Zocodover y lugares acostumbrados de la Ciudad, con las formalidades reglamentarias, por las fuerzas mandadas por el Capitán de Caballería D. Emilio Vela-Hidalgo; por desgracia, la voz del Director de la Radio, D. Angel Aguilar, vibrante durante la lectura del Bando, hubo de temblar emocionada al dar la noticia de que el General Sanjurjo había muerto en accidente de aviación al intentar trasladarse a su amada Patría para ponerse a su servicio en magnánimo esfuerzo de Salvador de España.

A partir de aquel momento, los hechos pueden agruparse en tres secciones: Primera, campaña militar, que en la provincia de Toledo se desarrolla teniendo como eje el invicto Alcázar. Segunda, expoliaciones sistemáticas y atropellos ordenados por el llamado Gobierno; y tercera, saqueos y asesinatos perpetrados por turbas y milicianos amparados por el mismo Gobierno marxista. Para mayor claridad y orden, distinguiremos lo acaecido en la Capital, pasando después a reseñar lo pertinente a la parte de la provincia del Norte del Tajo, liberada en el propio año de 1936, y terminando con lo que se refiere a la parte meridional del río, liberada al final del Glorioso Movimiento.

II

### El asedio del Alcázar

Varias obras se han escrito sobre esta materia, entre las cuales deben destacarse: 1) La epopeya del Alcázar de Toledo, por el P. A. Risco, S. J.—2) El sitio del Alcázar, por D. Joaquín Arrarás y D. L. Jordana de Pozas.—3) El asedio del Alcázar de Toledo («Memorias de un testigo»), por el Comandante don Alfredo Martínez Leal, defensor del Alcázar.—4) La epopeya del Alcázar, por D. Muro Zegrí. Hemos de recordar también las Notas del Teniente Enríquez de Salamanca, que constituyen una interesante aportación incompleta, desgraciadamente, por la muerte de su autor. Esta nota bibliográfica justifica que seamos parcos en nuestro comentario, ya que el lector puede ampliar la información en tan interesantes libros. Nos limitaremos, por consiguiente, a breves referencias sintéticas sobre materia más digna del poema de la raza que de un modesto relato.

1.—El heroísmo de Moscardó.—La energía con que se produjo en los incidentes preliminares de que se ha hecho mención, y el carácter de las instrucciones que en todo momento había dado por su carácter de Gobernador Militar de la Plaza, demostraron, desde el primer momento, el temple con que había decidido salvar a España D. José Moscardó. Estudiando su personalidad, se comprende el éxito que había de tener su gestión y la de todos los españoles que se pronunciaron por la independencia y dignidad de la Patria, porque, el hoy laureado General, admirado por todo el mundo, fué siempre modesto y llano en lo exterior, cuanto profundo y católico en su vida espiritual. En lo arraigado de su fe están los cimientos de su heroísmo, encarnación simbólica de los heroísmos individuales que se manifestaron durante el histórico período de los setenta y dos días del memorable sitio.

Cuando se decidió replegarse en el Alcázar para resistir los combates de las fuerzas marxistas, ya brilló el gesto firme del pundonoroso militar, ordenando a su esposa D.ª María Guzmán y a sus hijos Luis y Carmelo quedaran en su casa, ajenos a la lucha, como patriotas, que habían de colaborar por su ciudadanía, pero no por un esfuerzo extraño a sus actividades; y es que pensaba D. José Moscardó que la contienda se entablaba frente a quienes habían de ser caballeros, cuando habían demostrado ya en copiosas ocasiones que no reparaban en procedimientos de rufianes, culminados el 13 de Julio con el asesinato de Don José Calvo Sotelo.

Esta enorme diferencia característica de los dos campos en lucha, se manifestó en el episodio magno del Alcázar, perpetuade en la memoria del mundo entero, y, para que la posteridad conserve el detalle, grabado con letras de oro en la lápida puesta en sitio de honor del Alcázar, allí donde aparecen los dos aparatos telefónicos desde los que se sostuvo la histórica conversación:

EL JEPE DE MILICIAS. — «Son Udes. los responsables de las matanzas y crímenes que están ocurriendo. Le exijo que rinda el Alcázar en un plazo de diez minutos, y de no hacerlo así, fusilaré a su hijo Luis, que le tengo aquí en mi poder.

EL CORONEL MOSCARDÓ. - Lo creo.

EL JEPE DE MILICIAS...—Para que vea Ud. que es verdad, ahora se pone su hijo al aparato.

Luis Moscardó....-Papá.

EL CORONEL MOSCARDÓ. —Qué hay, hijo.

Luis Moscardó...—Nada, que dicen que me van a fusilar si no rindes el Alcázar.

El Coronel Moscardó.—Pues encomienda tu alma a Dios, da un grito de ¡Viva España! y muere como un patriota.

Luis Moscardó.....-Un beso muy luerte, papá.

El Coronel Moscardo. —Un beso muy fuerte, hijo mio-

El Coronel Moscardó. — (Dirigiéndose al Jele de Milicias): Puede ahorrarse el plazo que me ha dado, puesto que el Alcázar no se rendirá jamás».

El General caballero, solera de hidalgos españoles, replicaba así a las insinuaciones de quienes no tenían más razón para su sinrazón que la crueldad y el crimen. El día 13 de Junio de 1936 no fué una fecha aislada; se enlazó con la felonía del triste 23 de Agosto en el que perecieron, víctimas de la vesania roja, en el Tránsito, en la explanada de San Juan de los Reyes, en el Matadero y en Salobre, varios dignísimos españoles como don Luis Moscardó, el Deán D. José Polo Benito, Comandantes Gómez de Salazar y Gastesi, Director y Administrador, respectivamente, del Colegio de Huérfanos de la Guerra, el Notario Don Justo Pozo y varios Canónigos, Sacerdotes y otras personalidades en número de unos setenta. Fechas que son eslabones de la cadena en la que aparece con destellos sangrientos el 20 de Noviembre del mismo año, en el que la brisa del mar latino tembló con dolor entre una descarga y un golpe seco producido por la caída mortal del cuerpo del español sin tacha, que ofrendó su vida por la Patria, dejándole el tesoro de la Falange para eternidad del ideal de Imperio, con raices en los días de los Reyes Católicos, cima en las horas de Felipe II, y esperanza y promesa a un tiempo en la mente y en el corazón de José Antonio.

2.—Otros heroismos.—El gesto del hoy General Moscardó, anteponiendo el ideal patrio y el honor a todo sentimiento familiar, y sosteniendo la defensa del Alcázar con singular posición hasta entregarlo, lleno de heridas, pero pletórico de gloria al Ejército Salvador, fué cifra y compendio de la serie de heroísmos individuales que han quedado señalados en las Ordenes correspondientes y constan en el periódico El Alcázar, publicado durante los días del asedio. Pero hay alguna de estas hazañas que no pueden dejar de consignarse en una reseña por sintética que sea y por modesta que desee mostrarse, como ocurre con la nuestra. Precisa, pues, señalar conductas como la del Capitán D. Luis Alba Navas, profesor que fué de Gimnasia de Aplicación en la Escuela Central.

Habiéndose captado por la Radio la noticia dada desde Madrid de que el Alcázar se había rendido, y conocedores los sitiados de que el General Mola tenía sus fuerzas por la Sierra de Gredos, se decidió mandar un enlace para que el citado General conociese el verdadero estado de las fuerzas que resistían el asedio. Ofreciéronse, para realizar la arriesgada empresa, los Capitanes don

Joaquín Agulla Jiménez-Coronado y el Sr. Alba, logrando éste la gloria de ser el designado por la Superioridad. Con un «mono» azul, bajo el cual llevaba el correaje y la pistola, con 125 pesetas que se reunieron entre varios amigos, y provisto del carnet número 173 del Radio Comunista de Toledo, correspondiente a Antonio Gómez, detenido en el Alcázar, emprendió la marcha el 25 de Julio a las once de la noche. Se sabe que, bajando por los rodaderos, atravesó el río a nado, pasando a la Virgen del Valle y Cerro de los Palos, cruzando nuevamente el Tajo por la finca de Pertusa, al Oeste de la Fábrica de Armas. Llegado a Burujón, se encontró con las milicias, a las que indicó que buscaba a un tal Basilio, dueño de un coche, para que le condujera a Arenas de San Pedro, donde necesitaba cumplir una orden del Comité de Toledo. En el Ayuntamiento le acogieron favorablemente y todo prometía un término feliz, cuando alguien le reconoció e, imprudentemente, le llamó por su nombre. Conducido al Juzgado de Torrijos, fué remitido a Toledo, con la inseguridad que representaba marchar entre milicianos como el presidente de la juventud socialista de Torrijos, a quien llamaban «El Checa». Todavía hubo un rayo de esperanza cuando, a la altura del puente del Guadarrama, se impuso un guardia de Asalto, con milicianos procedentes de Villamiel, los cuales recogieron en su auto al Capitán; sin embargo, Dios quiso aceptar el sacrificio completo, y al llegar a la Venta del Hoyo, se despistó el auto, yendo a parar a la cuneta. Alcanzados por «El Checa» v sus compañeros, se perpetró el crimen. Una sencilla cruz recuerda hoy día el lugar en que cayó el valiente militar entre la angustia de haber podido ver solamente un momento a su hijo nacido poco antes de marchar hacia el Alcázar, la de no saber si la honrada esposa podría conocer algún día el desgraciado fin de su marido, la de sufrir la incertidumbre de que los heroicos defensores del honor español pudieran tener noticias de la verdadera conducta de quien llevaba el secreto de una esperanza y la del dolor de caer en medio de una chusma que ensombrecía el nombre inmaculado de la Patria. No obstante, la Historia ha podido recoger esta página de heroísmo y de martirio, y los buenos españoles podrán dedicarle una oración al tiempo que proclaman: ¡Capitán Luis Alba Navas! ¡¡Presente!!

3.—Laureadas de San Fernando.—Los extraordinarios hechos a que dió lugar la defensa del Alcázar, fueron objeto de varios juicios contradictorios y de la concesión de la más alta recompensa militar. Por Decretos de 17 de Mayo del año 1937 se concedió la Cruz Laureada de San Fernando a todos los defensores del histórico Monumento (1) y la Gran Cruz al General D. José Moscardó e Ituarte (2).

## Relación sucinta de los méritos contraídos por los defensores del Alcázar de Toledo

Al iniciarse el Glorioso Movimiento Nacional por las guarniciones de Marruecos, secundadas por casi todas las de la Peninsula y elementos civiles, las fuerzas de la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, Escuela Central de Gimnasia y Comandancia de la Guardia Civil de Toledo, por orden del entonces Coronel-Director de aquélla, D. José Moscardó, Comandante Militar de la Plaza, se concentraron el 18 de Julio pasado en el Alcázar, ocupando los lugares más importantes de la Ciudad y disponiéndose a resistir el inminente ataque de fuerzas superiores en número y elementos del Gobierno ilegitimo de Madrid.

A los 1.090 militares que se reunieron para la defensa, se incorporaron voluntariamente 106 paisanos militarizados, pertenecientes a distintas organizaciones patrióticas, siendo además refugiados en el edificio de la Academia 555 personas más, entre mujeres y niños, paisanos no combatientes y Hermanas de la Caridad.

Sumado el Mando abiertamente al levantamiento general, el 21 de Julio se llevaron al Alcázar los 700.000 cartuchos que había en la Fábrica de Armas y que el Gobierno rojo había pedido a la par que el armamento de los Caballeros Cadetes, y que el Comandante Militar se negó a entregar. El mismo día comenzó el ataque con bombardeo de la artillería enemiga, que fué casi incesante, así como el de la aviación, en los 69 días que duró el asedio, llegando aquélla a hacer unos 11.000 disparos de cañón y efectuando ésta hasta 18 bombardeos, algunos con bombas de gran potencia. Contingentes importantes de fuerzas rojas, que se calculan en unos 10.000 atacantes, intentaron numerosisimos asaltos que fueron siempre, con singular arrojo y heroismo, rechazados, a pesar de los bombardeos, nutridísimo fuego de fusilería y

<sup>(1) «</sup>S. E. el Generalisimo de los Ejércitos Nacionales, como resultado de juicio contradictorio instruido al efecto, y de conformidad con lo informado por la Junta Superior del Ejército, se ha dignado conceder la Cruz Laureada de San Fernando, colectiva, a todas cuantas personas se hallaban en el Alcázar de Toledo en el momento de la liberación, habiendo permanecido en él durante el asedio, combatientes o no combatientes, pues todos contribuyeron con su entereza de alma a la realización de esa gesta heroica que puso bien de manifiesto la entereza y el temple de la raza.—Burgos 17 de Mayo de 1937.—El General Jefe, Germán Gil Yuste.

4.—Caídos por Dios y por España: ¡Presentes!—Para memoria y honra de los que cayeron, se insertan a continuación sus nombres con indicación de la fecha en que murieron.

armas automáticas, explosión de minas, empleo de gases lacrimógenos y toda clase de elementos y artefactos de guerra y hundimiento de casi todo el edificio, llegando con frecuencia la lucha al cuerpo a cuerpo y al uso de granadas de mano y arma blanca.

A las repetidas invítaciones a rendición, el Coronel, apoyado unánimemente por sus subordinados, opuso la negativa que su elevado espíritu imponia, llegando a optar por el fusilamiento de uno de sus hijos por los rojos antes que entregar el Alcázar.

Todos los defensores rivalizaron en denuedo y estoicismo, así como los refugiados no combatientes, en resistir las penalidades del sitio, extrema escasez de alimentación, agua y elementos sanitarios, temperatura canicular, fetidez del ambiente, aislamiento del exterior. Todo ello no les abatió a los defensores del Alcázar el espiritu combativo e incluso ofensivo, pues reiteradas veces hicieron magnificas salidas en busca de alimentos, para incendiar los edificios próximos o descongestionar la presión del enemigo.

Los no combatientes, con sublime estoicismo, ayudaron en todos los trabajos: molturación de trigo, traslados de las dependencias a los sótanos, curación de los heridos, entierro de los muertos, municionamiento en los puestos de fuego, etc., etc.

De las 1.750 personas, entre combatientes y refugiados, que el 18 de Julio había en el Alcázar, perecieron 86, resultando 431 heridas y 150 contusas, esto es, más de un 50 por 100 de bajas».

(2) «S. E. el Generalisimo de los Ejércitos Nacionales, como resultado del juicio contradictorio instruído al efecto y de conformidad con lo informado por la Junta Superior del Ejército, se ha dignado conceder la Cruz Laureada de San Fernando, colectiva, a todas cuantas personas se hallaban en el Alcázar de Toledo en el momento de su liberación, habiendo permanecido en él durante el asedio, combatientes o no combatientes, pues todos contribuyeron con su entereza de alma a la realización de esa gesta heroica que puso bien de manifiesto la entereza y el temple de la raza. Burgos 17 de Mayo de 1937. —El General Jefe, Germán Gil Yuste.

RELACIÓN SUCINTA DE LOS MÉRITOS CONTRAÍDOS POR EL CORONEL DE INFANTERÍA D. JOSÉ MOSCARDÓ ITUARTE

Iniciado el glorioso Movimiento Nacional, inspirado por la suprema necesidad de salvar a España, el entonces Coronel de Infanteria, D. José Moscardo Ituarte, como Coronel Director de la Academia de Infanteria, Caballeria e Intendencia y Comandante Militar de Toledo, se sumó abiertamente el 18 de Julio pasado al levantamiento general, ordenando la concentración de las escasas fuerzas de la Academia, Guardia Civil y Escuela Central de Gimnasia y la ocupación de los puntos importantes de Toledo y negándose

Mes de Julio, día 21: D. Leandro Sánchez Mayoral, Guardia civil; D. Rafael Gallego, soldado.

Día 22: D. Faustino Morales Romero, cabo de la Guardia civil.

gallardamente a cumplir la orden del Gobierno ilegitimo de entregar a las milicias rojas el armamento de los Caballeros Cadetes.

El día 21 de Julio comenzó el ataque al Alcázar por tierra y nire, haciendo el Coronel Moscardó que se trajeran a la Academia los 700.000 cartuchos que había en la Fábrica de Armas, que habían sido reclamados por el Gobierno de Madrid, y ordenando al siguiente día el repliegue sobre el Alcázar. Dicho día comenzó el bombardeo por la artillería enemiga, siendo desde entonces casi incesante, así como el de la aviación, durante los 69 días que duró el sitio, pues las tropas nacionales no llegaron a Toledo hasta el 27 de Septiembre siguiente.

Baterias de 15 centímetros, 10,5 y 7,5 dispararon contra la casa solariega de la Infanteria española más de 10.000 cañonazos. La aviación roja hizo 18 bombardeos, algunos con bombas de gran potencia. Unos 10.000 atacantes bien provistos de armas automáticas y toda clase de máquinas y artefactos de guerra, incluso gases lacrimógenos, pretendian mientras tanto con gran reiteración y saña, tomar el Alcázar, llegando varias veces a entrar en él, pero siendo siempre rechazados con magnifica bravura a pesar del durisimo fuego, explosión de grandes minas, hundimiento de casi todo el edificio, incendios, extrema escasez de alimentación y gran inferioridad numérica de los sitiados.

El Coronel Moscardó, con sus acertadas ordenes y previsiones en todos los servicios, hizo posible esta increible resistencia, manteniendo el espiritu combativo y hasta ofensivo de sus subordinados con repetidas salidas y contraataques y elevando su moral con el ejemplo, rechazando cuantas invitaciones a la capitulación se le hicieron y llegando al sacrificio de la vida de su hijo cuando para intimarle los asaltantes le anunciaron por teléfono que aquél seria fusilado inmediatamente si no se rendía, lo que respondió con sublime y estoico heroismo, a su propio hijo, que muriera por Dios y por la Patria gritando: ¡Viva España! y ¡Viva Cristo Rey! como en efecto lo hizo.

En el Alcázar de Toledo había al comenzar el asedio 1.195 combatientes y 555 acogidos entre familiares, paisanos no combatientes y Hermanas de la Caridad, resultando 86 muertos, 431 heridos y 150 contusos, esto es, más del cincuenta por ciento de bajas.»

El dia 28 de Septiembre de 1939, las fiestas de la Conmemoración del Aniversario de la liberación de la Ciudad, tuvieron singular realce con la llegada de S. E. el Jefe del Estado, para imponer la laureada personalmente al General Moscardó. El acto se verificó en la explanada del Alcázar, después de la misa, en la que ofició el Exemo. y Rvdmo. Sr. Obispo, titular de Ezani, leyendo el Decreto el doblemente laureado General Varela, Ministro de la Guerra y pronunciando elocuente discurso su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Toledo. El discurso de S. E. el invicto Caudillo, salvador de España, cerró el acto, que constituye efemérides brillantes en la historia toledana.»

Día 23: D. José Badenas Padilla, Capitán de Infantería; don Manuel Serrano Ariz, Capitán de Caballería.

Día 24: D. Braulio Manrique Gómez, Alférez de la Guardia civil; D. Félix Alvarez Millán, cabo de la Guardia civil; D. Antonio Morales López, Guardia civil.

Día 25: D. Socorro Fernández Fuentes, Guardia civil.

Día 27: D. Luis Alba Navas, Capitán de la Escuela de Gimnasia, asesinado en la Venta del Hoyo cuando cumplía un acto de servicio.

Día 28: D. Jesús Dulce del Cerro, Guardia civil.

Día 30: D. Antonio Gálvez Medina, de Falange Española y alumno del Instituto Nacional de 2.ª enseñanza.

Dia 31: D. Eusebio Lozoya Minda, Guardia civil.

Mes de agosto, día 2: D. Moisés Márquez Cáliz, Guardia civil.

Día 3: D. Jacinto Fernández Sánchez, Sargento de Caballería de la Academia.

Día 6: D. Eugenio Albandoz Clauso, Teniente de Infantería; D. Victoriano Luna Robles; D. Benedicto Sánchez Calvo, y don Antonio Delgado Yángüez, Guardías civiles.

Día 9: D. Hipólito Ruiz Llorente, D. Prisco Benito Sánchez y D. Baldomero Alonso Molina, Guardias civiles.

Día 10: D. José Villa Pinar, músico de la Banda de la Academia; D. Alejandro Calderón Barroso, Guardia civil.

Día 11: D. José Merchán Castaño, Guardia civil. (Este día falleció de muerte natural D.ª Isabel Guzmán Jiménez, viuda de Sánchez Tirado).

Día 18: D. Rafael Moreno Aranda, soldado de 2.ª.

Día 20: (De muerte natural el niño Jaime Cuesta Urguizo).

Día 22: D. Lázaro Alía Redondo, soldado de 2.ª. (De muerte natural el auxiliar Mayor de Intervención, D. Ceferino Velado Iguacel).

Día 23: D. José Pérez Serrano, Guardia civil.

3

Día 28: D. Marcial de la Granja Casado, Alférez de Infantería, perteneciente a la Caja de Recluta de Toledo, núm. 3.

Mes de Septiembre, día 3: D. Miguel Ossorio Rivas, Capitán de la Guardia civil; D. Gonzalo Vega García, Teniente de Infantería retirado; D. José Mauro Carball, soldado de Infantería, perteneciente a la Caja de Recluta de Toledo.

Dia 5: (De muerte natural la Srta. Felisa Guzmán Jiménez).

Día 7: D. Celestino Vicente Puente, Alférez de Infantería de la Academia; D. Godofredo Bravo García-Donas y D. Maximiliano Fink Río, de Falange Española, y D. Celestino Arbizu Mateo, paisano.

Día 9: D. Antonio Díaz Herrero, Guardia civil.

Día 10: D. Bernabé Ancillo Rodríguez, Brigada de la Guardia civil.

Día 11: D. Nicolás Hernández Rodríguez, de Falange Española.

Día 12: D. Lorenzo Rodríguez Ruiz, paisano, que falleció de muerte natural.

Día 15: D. Bernardino de los Reyes López y D. Eugenio Mendoza García, Guardias civiles; D. Julio Camacho Torres, soldado de la Escuela Central de Gimnasia; D. Julián Gómez Rojas y D. José Quero Samos, de Falange Española.

Día 16: D. León Sánchez Serrano, Guardia civil.

Día 18: D. Pablo González Herrera, Comandante de Caballería; D. Luciano Pastor Martínez, Capitán de Infantería; don Joaquín Cuesta de Ancos, Teniente de Infantería; D. Felipe Díaz Gómez, Alférez de la Guardia civil; D. Cayetano Rodríguez Caridad, cabo de la Guardia Civil; D. Fabián Collado Cruz, don Domingo García García, D. Máximo González y González, D. Adriano González Jiménez, D. Gonzalo García López, don Santiago Martín Gómez, D. Pulquerio Ocampo Ruiz, D. Alejandro Vargas Gálvez y D. Eloncio Frigidano Galán, Guardias civiles.

Día 19: D. Jesús Enríquez de Salamanca, Teniente de la Guardia civil; D. Gregorio del Amo Rodríguez, Alférez de la Guardia civil; D. Antonio Iraola Palomeque, de Falange Española, Alférez de complemento; D. Demetrio Cano López y don Juan Moya del Sol, Guardias civiles.

Día 20: D. Nicasio Rodríguez de Miguel, Teniente de Infantería; D. Venancio Ponce Estévanez, cabo de Caballería de la Academia; D. Constancio Moreno Sánchez, cabo de la Guardia civil; D. Mario García Fermín, trompeta de Infantería de la Academia; D. Julián Gómez Gómez y D. Pablo Delgado González, soldados de Infantería, pertenecientes a la Academia y Caja de Recluta de Toledo núm. 3, respectivamente; D. Valentín Cuesta Reyes, Guardia civil; D. Pedro Villaescusa, jefe de

Falange Española; D. Luis Figueroa de la Torre y D. Marcelino Pérez Escobar, de Falange Española; D. José García Basarán, de Renovación Española. El Guardia civil D. José Camacho Torres, falleció de muerte natural.

Día 21: D. Nicanor Campos Barriuso, Teniente de la Guardia civil; D. Victoriano Gómez Martín, soldado de Caballería; don Segundo Sánchez Vázquez, D. Manuel Varona Arroyo, D. Damián Oliva Ana y D. Patricio Díaz García, Guardias civiles.

Día 22: D. Antonio Navas Platero y D. Anastasio García Aranda, Guardias civiles.

Día 23: D. Juan Canales Martín, Guardia civil.

Día 25: D. Francisco Trovo Larrasquito, Teniente de Infantería.

Día 26: D. Juan López Montenegro, Teniente de Artillería.

Día 27: D. Juan Hernández Barragán, soldado de Caballería. Falleció de muerte natural.

Día 28: D. Valeriano Mínguez Peletero, sargento de la Guardia civil; D. Nicéforo de Miguel Costalabe, cabo de la Guardia civil; D. Raimundo Risco Gómez, guardia civil.

Murieron después del asedio a consecuencia de las heridas recibidas:

Mes de Octubre, Día 1: D. Luis García Quirós, Guardia civil.

Día 3: D. Lorenzo Berzal Calvo, cabo de Caballería.

Día 4: D. Roque Ballesteros Herranz, Guardia civil.

Día 5: D. Benjamín Pérez Bermúdez, cabo de Infantería, y D. Vicente Ramos Díaz, soldado de Infantería de la Academia.

Día 8: D. Bonifacio Oliva de Rúa, Guardia civil.

Día 9: D. Cristóbal Moreno Moreno, soldado de Infantería de la Academia.

Día 12: D. Laureano Rodríguez Cañada, trompeta de la Guardia civil, D. Cruz de Bodas Angel, Guardia civil.

Mes de Noviembre, Día 1: D. Luis García Quirós, Guardia civil.

Día 20: D. Antonio Rivera Ramírez, de Acción Popular y Presidente de la Juventud Católica, llamado el Angel del Alcázar por su extraordinaria bondad y catolicismo.

Mes de Diciembre: Día 17: D. Rufo Vega Rodríguez, Guardia civil.

Día 21: D. Lorenzo Beltrán Fernández, Guardia civil.

Día 26: D. Francisco López y López, Guardia civil.

- 5.—Del Alcázar al cuartel de la Montaña. No todos cayeron en el recinto del Alcázar toledano ni en el campo de batalla después de la liberación. Un valiente cadete merece ser mencionado especialmente al consignar los nombres de los que dieron su vida por Dios y por la Patria: el hijo del General Cruz Borbolla, pues éste, sabedor de que se había presentado en la Academia de Toledo, le llamó por teléfono desde Madrid, recibiendo una digna y serena contestación en la que el respeto filial se mantuvo en el justo límite y el amor a la Patria puso todo el fuego en la decisión del joven militar. La llegada de un auto con un agente para que a viva fuerza llevase a la Capital del Manzanares al muchacho, no fué razón bastante para que rectificase el Sr. Cruz su firme decisión; pero una nueva conminación paterna, le obligó a aceptar el sacrificio de montar en el auto nuevamente llegado. Sin embargo, no claudicó el heroico cadete, y después de presentarse ante su padre, marchó al más próximo lugar donde latía el corazón de España, y fué en el cuartel de la Montaña donde volvió a reunirse con los defensores del honor nacional, y allí murió fiel a las enseñanzas que había recibido en el hogar solariego de la Infantería hispana.
  - 6.—Características del ataque.—El asedio del Alcázar evolucionó incesantemente. Creyeron, sin duda, los marxistas que el episodio iba a ser corto y fácil; llegaron sobre Toledo con saña y sembrando la muerte, como más adelante se habrá de detallar, y al ver que los muros del histórico y artístico monumento se convertían en amparo de héroes, se oyeron gritos de blasfemia acompañados de voces que reclamaban: "javiación!" o que decían: "jque nos asan!", "jque venga la aviación!".

Todo lo cual podrá traducirse con lo que ha constituído el signo de la lucha de las hordas: «matar a mansalva y esconderse o huir cuando había enfrente un fusil o una pistola».

A los pocos días comenzaron a alzarse parapetos y a desplegarse todo lujo de procedimientos para organizar un asedio completo. El Hospital de Santa Cruz, el Castillo de San Servando y algunos cigarrales, se tomaron como base para instalar morteros, ametralladoras y fusiles con buenos tiradores. Las calles adyacentes a Zocodover fueron cerradas con sacos terreros y trincheras. Pero los medios preferidos se instalaron a distancia y consistían en las baterías artilleras emplazadas en los altos de Pinedo, junto a la carretera de Madrid, y en el campamento de los Alijares. Es decir, que la contienda tomó en seguida dos aspectos: primero de blanco fijo y fuerzas agresoras de mayor radio que el de posible alcance de las armas contrarias, aspecto que causaba júbilo inmenso entre los atacantes porque les permitía destruir sin peligro de sufrir bajas; y segundo, de blanco circunstancial, que ofrecía campo abierto al paqueo intensísimo y sin fijeza por parte de los milicianos y, perfectamente aprovechado por los defensores de la Academia. Esta segunda fase, dió margen a episodios en los que se demostró la pericia e hidalguía de los héroes del Alcazar y la falta de comprensión de los sitiadores.

En cierta ocasión desafiaba una mujerzuela a los milicianos de Zocodover porque no se atrevían a luchar, asegurando que ella levantaba el brazo ante los sitiados. En efecto, salió vestida con su mono hacia el centro de la plaza, levantó el puño cerrado, y al momento fué atravesado el brazo por un proyectil que dejó convencida a la mujerzuela con trazas de varón, del riesgo que corría quien provocaba inútilmente. Por lo regular, disparaban los guardias de asalto y milicianos bien desde los tanques, bien desde autos blindados o bien desde ventanas y balcones, muy parapetados. Esto no impedía que un certero disparo diese cuenta del confiado tirador que se creía libre de respuesta.

Otro episodio merece ser recordado. Un guardia de asalto, deseando recoger los cadáveres de dos compañeros, alzó la voz desde su escondite, pidiendo permiso. Un oficial del Alcázar le ordenó que saliese a plena calle, se cuadrase y pidiera el permiso con la gallardía que corresponde a un militar. El guardia obedeció, se le concedió lo que demandaba, y así pudo retirar sin molestia alguna los dos cadáveres. Contrasta este caso con el ocurrido días después, cuando, durante la tregua concertada para que pudiese parlamentar con los defensores un emisario, salió a una ventana el falangista D. Nicolás Hernández Rodríguez para ver si podría vislumbrar algo de su casa, pero un miliciano disparó en seguida sin el menor respeto a lo tratado ni a la situación indefensa en que se encontraba la víctima. Nadie impuso sanción de ningún género al miliciano que de tal forma violó la tregua pactada a petición de los propios sitiadores.

7.—Palabras y hechos.—Los Sres. Arrarás y Jordana, recuerdan en su obra que el periodista francés Guy de Traversay «después de una visita hecha a Toledo el día 28 de Julio, creyó un deber de conciencia realizar gestiones para evitar la matanza de los sitiados en el Alcázar, que creía inminente. Con este objeto visitó a Prieto, que no quiso contestarle directamente y llamó a Barcia, Ministro del Estado.

»Escuchó con atención mi testimonio—dice Guy de Traversay—, sin ocultar que participaba de mis temores, y quedó en proponer al Presidente del Consejo que enviara, sin dilación, a Toledo tropas regulares para asistir a la rendición y cuidar de que tuviera lugar según las leyes de la guerra.

»Indalecio Prieto añadió después que no se había empleado aún la artillería por razones humanitarias y de respeto al monumento del Alcázar, pero consideró del caso agregar la amenaza: «Hace falta decir que no será posible observar siempre tantas formalidades. Cuanto más dure la resistencia, más se enardecerán las milicias y más difícil será evitar la cólera del pueblo» (1).

Pero las palabras impregnadas de humanitarismo, no estaban nunca en relación con los hechos; pues, por aquel entonces, no solamente se disparaba sobre el Alcázar con fuego artillero, sino que se tomaba como una diversión llevar a amigas y amigos, para que vieran los efectos y aún fueran los que dieran al pulsador solazándose al contemplar el corto esfuerzo que había de hacerse para que se derrumbaran muros seculares. Y también por aquellos días se había intensificado el ataque aéreo empleándose el 8 de Agosto gases lacrimógenos, cuya naturaleza fué analizada por el profesor auxiliar de Ciencias del Instituto D. Andrés Marín, distinguido defensor del Alcázar, y el Capitán D. Miguel Ossorio, muerto el día 3 de Septiembre.

Ha de añadirse, para comprender el divorcio que había entre las palabras y los hechos de quienes desempeñaban los cargos directivos marxistas, que en aquellos días se había comenzado ya el trabajo de minas en el que tenían puesta toda la esperanza de destrucción, ya que no podían albergar la sospecha de dominio. Si con las minas no se consiguieron mayores daños, no fué por

<sup>(1)</sup> El sitio del Alcázar, pág. 225. Se refiere a información publicada en «d'Intransigeant», del 12 de Septiembre de 1936.

falta de voluntad, sino porque, por cima de las intenciones humanas, había un designo Provincial que llevaba los hechos por el cauce plenamente justo y acorde con la vida de la Patria y de la Religión.

La intensidad del ataque se revela por los datos de la nota oficiosa publicada a raíz de la liberación y que sintetizó más tarde el defensor del Alcázar e individuo de número de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, Sr. Martínez Leal, de esta forma:

«Elementos de combate empleados por el enemigo contra los defensores del Alcázar: Piezas de artillería, del 15,5 cm., 9; del 10,5 cm., 7; del 7,5 cm., 4; total, 20. Disparos de cañón de los diferentes calibres, más de 10.000. Disparos de morteros de 50 m/m., más de 200. Lanzamiento de granadas de mano y petardos, unos 3.500. Bombas arrojadas por los aviones, más de 500. Minas que hicieron explosión, 3. Latas de gasolina, botellas de líquido inflamable, granadas de gases lacrimógenos y bombas fumígenas e incendiarias, fueron arrojadas aproximadamente 250» (1).

8.—El asalto.—Este programa de destrucción a mansalva no dió el resultado que apetecían los sitiadores. Las informaciones falsas, tanto de tipo literario como de carácter gráfico, se sucedían constantemente, haciéndose eco de las mismas los corresponsales extranjeros; pero la noticia de la toma del Alcázar no dejaba de ser una patraña cobijada pacientemente en las columnas de periódicos determinados.

Viendo, pues, que ni el tormento del hambre ni el constante desmoronamiento de los seculares y venerandos muros ponían fin a la contienda, se proyectó un magno esfuerzo de conquista, en el que se puso la esperanza más confiada, porque representaba una acumulación de material de fuerza que no podía creerse tuviera respuesta alguna. La explosión combinada de las dos minas ya terminadas destruiría, sin duda, el edificio; sucumbirían los bravos defensores, y ya, sin enemigo, el asalto constituiría una fase más de ensañamiento y ruina. Acariciando estas ideas, llegó el día 17 de Septiembre, y a las O,3O del día 18 se comu-

<sup>(1)</sup> El Asedio del Alcázar de Toledo, pág. 189.

nicó la siguiente Orden firmada por el Teniente Ayudante Francisco Ruiz Galiano y el Jefe de la columna Teniente Coronel Luis Barceló, la cual Orden fué encontrada después de la liberación entre los escombros del Colegio de los Hermanos Maristas, donde habían tenido su cuartel general las milicias rojas.

#### Orden de la columna del 17 de septiembre de 1936

«Artículo 1.º En la madrugada del día 18 tendrá lugar la operación para la toma del Alcázar.

Con arreglo a las órdenes trasmitidas, la columna se dividirá en dos sectores: el Sur, mandándose por el Comandante Torres, y el Norte, por el Comandante Madroñero, componiéndose el Norte por una compañía de Asalto del Capitán Magán, con 200 hombres; la compañía de Asalto, recientemente incorporada, con 140; la C. N. T., con 150; el Capitán Rueda, con 100 hombres; compañía de milicias del Teniente Castillo con 150, y un batallón de milicias de Toledo, con 500.

Este sector llevará los dos blindados de Asalto y el tanque oruga, 6 ametralladoras de Asalto, 4 del Regimiento núm. 2 y los cuatro morteros del mismo Regimiento.

El sector Sur se compondrá por una compañía de Asalto al mando del Capitán Giner, con 200 hombres; una de la C. N. T. locales, con 150; 200 llegados de Madrid; el Capitán Rober, con 100; una sección con 38; una compañía de milicias Sediles, con 100, y un batallón de milicias de Toledo, con 400. Este sector tendrá a su disposición un cañón de 7,5, 7 ametralladoras y 5 morteros. Cada agrupación tendrá un médico y 10 camilleros y una ambulancia.

La evacuación de heridos será sobre los hospitales y puestos de socorro, estableciéndose un equipo en el Colegio de Huérfanos. El servicio de municionamiento estará a cargo del Teniente de Intendencia, Vicente, quien se pondrá de acuerdo con los jefes de agrupación para establecer los puestos, para cuya operación el cuerpo de Tren dará cuatro camiones; los puestos serán establecidos en San Lucas, Escuela Normal, calle de las Armas y el cuarto en el Miradero. La Fábrica de Armas les facilitará las municiones que necesiten; el oficial encargado del Hospital de

Afuera, les facilitará las granadas de mano y morteros que necesiten.

El puesto de mando de la columna se situará en principio en la plaza de Zocodover, debajo de los soportales. A medida que las circunstancias lo aconsejen, se trasladarán, para lo cual, con el servicio de enlace, se comunicará al Jefe de la agrupación.

Las 3 ametralladoras del Regimiento núm. 1, que manda el Alférez Garay, quedarán en reserva a disposición del mando, encontrándose a las seis y media a la entrada de la calle del Comercio. El cañón de acompañamiento de infantería, quedará también a disposición del mando, encontrándose igualmente en la calle del Comercio a las seis y media. Las reservas generales serán organizadas por los batallones «Pasionaria» y 5.º Regimiento. El primero se situará en dos mitades: una en la escalerilla del Miradero, parte baja, y la otra mitad en la entrada de la calle de la Plata. El batallón número 5, regimiento también en dos mitades, se encontrará, la primera mitad del Batallón número 5 se colocará en los puestos del Teatro de Rojas, y la segunda mitad en el Jardín de Ledesma.

Art. 2.º A las seis de la mañana del día 18, las fuerzas que se hallen de servicio de parapeto, serán relevadas por los Jefes de Agrupación, situándolas en las zonas destinadas por el Comandante Mozo, y en los emplazamientos que ellos designen.

A las 6,15 la mina hará explosión; efectuada esta explosión, las fuerzas marcharán rápidamente a las bases de partida que marquen los Jeses de Agrupación. Un cuarto de hora después de la explosión, se esectuará el ataque y acto seguido el asalto al Alcázar.

Art. 3.º De la operación se hará un amplio margen de iniciativa por cada Jefe de Agrupación dentro de las líneas generales tratadas en las reuniones establecidas por el mando, y dando cuenta cada media hora a mi autoridad, teniendo presente los objetivos marcados y de acuerdo con el plan que para su aprobación me ha sido remitido.

Confío que todos pondrán los esfuerzos máximos en lograr el objetivo indicado, y que dentro de breves horas podré felicitar a las fuerzas que componen esta columna de cuyo mando me honró el Gobierno».

Está firmada por el Teniente Ayudante Francisco Ruiz Galiano, y el Jefe de la columna, Luis Barceló.

Ni las minas ni el asalto tuvieron el resultado que sus organizadores esperaban; por cima de la materialidad vencieron los corazones y la Providencia. La proximidad de las tropas nacionales exasperaba a los marxistas, por lo que siguieron los asaltos y se aprestaron a confeccionar una tercera mina. Prosiguieron también lanzando informaciones peregrinas, tanto que ya algunos periódicos extranjeros consideraron oportuno publicarlas con reservas. Pero contra todo y contra todos, la estatua de Carlos V ha quedado en mitad del patio del Alcázar entre escombros, enhiesta, firme, como el Imperio Español, siempre señero y siempre defensor de la Religión y de la Justicia contra galeotes y gañanes.

9.—Hechos y palabras.—A todo este esfuerzo demoledor respondían los defensores alcazareños con serenidad, dando réplica solamente cuando podía ser eficaz. Repasando la colección del periódico publicado desde el día 26 de Julio hasta que llegó la liberación, puede observarse que, ni un sólo día decayó el espíritu de los sitiados. Para sostener la moral, no importaban las dificultades que ofrecía el abastecimiento material; había una fe inquebrantable, que encontraba aliciente místico en la Virgen del Alcázar, puesta en el sitio que conservaba mayor seguridad para que no sufriera los horrores del ataque. Ante el altar, cuidado con todo esmero, se multiplicaban las preces que en otras ocasiones se hubieran elevado en el magnifico recinto de la Catedral, y se dedicaban otras, nacidas en el momento y debidas a la devoción de D. Andrés Marín, el cual las ha dado a la estampa, después de la liberación, para recuerdo y ejemplo de la entereza que proporciona la vida interior en los momentos de mayor peligro. Así pudo escribir el docto profesor: «tan sólo para satisfacer los deseos de mis hermanos los defensores del Alcázar toledano, para cumplir el ofrecimiento que alli les hice, se publican estas oraciones intimas y sin mérito alguno, compuestas entre el estruendo de la lucha, improvisadas junto a la cabecera de los lechos donde gemían los heridos y enfermos.

»Casi todas se escribieron momentos antes de recitarse, pues los agobios de mis ocupaciones no me permitian otra cosa. Resulta, pues, innecesario advertir que no son sino voces del alma, latidos de un corazón cristiano y español que aspiraba a recoger el afán colectivo con la ingenuidad y la sinceridad del que vive días de fé y de esperanza, pero también de angustia y de ansiedad inenarrables, ajenas a toda preocupación de forma y de estilo.

»Juzgaría una profanación modificar una de estas palabras o retocar una sola de estas frases llevado de un prurito de corrección. Para que cumplan su cometido de amoroso recuerdo cerca de los que las recitaron en las improvisadas capillas-catacumbas del Alcázar, deben ir y van a la imprenta tal y como se rezaron durante el asedio, en aquellas horas santamente felices de nuestros cultos» (1).

Tales cultos pudieron realizarse ordenadamente, porque, como dice el Sr. Marín: «habiéndonos encontrado, por circunstancias especiales, sin sacerdotes dentro del Alcázar, unos cuantos de nosotros—entre los cuales he de destacar dos nombres: el del Comandante Martinez Leal y el del Capitán Sanz de Diego—nos preocupamos desde el primer momento, y siempre con la aquiescencia y la satisfacción del mando, en organizar cultos colectivos que elevaran el espíritu de los asediados al levantar su corazón a Dios y al cifrar su esperanza en la protección maternal de la Santísima Virgen». (2).

No hemos de detallar cuanto se refiere a estos cultos; sólo diremos que para la vida y para la muerte hubo siempre una voz que impetrase el auxilio y el perdón. Como el caballero Boyardo, los nobles campeones toledanos, tuvieron en sus manos con ahinco la espada, pero no dejaron de acariciar la cruz de la empuñadura. Precisamente la honda religiosidad de los alcazareños dió lugar a una de las páginas que mayor atención despiertan entre las muchas salientes de los 72 días de asedio. Cada hecho inspiraba un sobrio comentario; cada pregunta del enemigo, sugeria una breve respuesta. Las palabras de los alcazareños fueron siempre rúbricas puestas a acontecimientos he-

<sup>(1)</sup> Rezábamos en el Alcazar, Toledo, talleres gráficos de Rafael Gómez-Menor, MCMNXXVI, págs. 5 y 6.

<sup>(2)</sup> Obra citada, pág. 7.

roicos: en dos momentos de lucha se paralizó para que se verificaran dos entrevistas, porque los sitiadores utilizaron todos los medios de ataque puestos a su alcance, y así como quisieron reducir a polvo y ceniza los muros, también quisieron abrir brecha en las conciencias, para lograr el éxito sin reparar en los procedimientos. Ya que las heridas del edificio no bastaban, recurrieron a lo que suponían había de despertar remordimientos, intereses y desazones íntimas. Pero la verdadera fe encuentra siempre adecuada respuesta a toda insinuación exterior. Los dirigentes marxistas conocían, sin duda, sólo a medias, el capítulo IV del Evangelio de San Mateo. Andrómaca quería ocultar su llanto con forzada sonrisa, pero sentiría que la sonrisa quedaba eclipsada por sus lágrimas.

10.—Parlamentarios.—El día 8 de Septiembre, a las 22,30, solicitaba el Comandante D. Vicente Rojo una entrevista con el Coronel Moscardó, accediendo éste a recibirle al día siguiente a las nueve de la mañana, dándole toda clase de garantías. En efecto, a la hora convenida se presentó en la puerta de Capuchinos el mencionado Comandante con bandera blanca. No se oía un disparo por ninguna de las partes contendientes. El parlamentario recibió la indicación de que se trasladase a la Puerta de Carros, donde se encontraban el Comandante don Blas Piñar y el Capitán D. Luis Alamán, designados por el mando para cumplir la misión de acompañarle hasta el lugar en que debía celebrarse la conversación. Vendados los ojos, según prescribe el Reglamento de campaña, fué conducido el Sr. Rojo ante el Jefe del Alcázar. Varias versiones, coincidentes todas en el fondo, se han publicado sobre esta entrevista. Según escribe el Sr. Martínez Leal, en seguida que marchó el emisario con las mismas formalidades con que había sido recibido, reunió el Coronel Moscardó en su despacho a los Jefes que constituían el Consejo y les manifestó con palabra firme y segura:

«Se pide la rendición de la fortaleza, y de no aceptar estas condiciones, amenazan con estrechar el cerco y tomar el Alcázar por las hordas marxistas, al mando del Comandante D. Luis Barceló, cueste lo que cueste, teniendo dispuestos varios millares de hombres. Además, con marcada intención, indica el emisario varias veces que hay una mina dirigida por un ingeniero y

está próxima a su terminación, señalando el plazo de seis a ocho días para efectuarse la maniobra de hacerla estallar.» (1).

Sobre las condiciones, dice el P. Risco: «Comenzó el señor Rojo diciendo que venía comisionado por la Junta de Defensa de Toledo, para estipular la rendición del Alcázar. Acto cotinuo le entregó una cuartilla de papel, escrito a máquina y lleno de firmas. Alargó el comandante militar su mano, tomó el papel y lo leyó. La serenidad y la calma daban a su continente un aspecto de sublimidad estoica. He tenido en mi mano esta cuartilla de papel para copiarla y darla fielmente a la historia. Dice así:

«Condiciones para la rendición del Alcázar, acordadas por el Comité de defensa:

- »1.º Garantía completa de todos los residentes en el Alcázar.
- »2.º Libertad inmedia de todas las mujeres, soldados y niños menores de dieciséis años.
- »3.º Todos los demás serán entregados a los Jueces para que delimiten su culpabilidad.

»Un sello: «Jefatura de la Columna de Operaciones.—Toledo».

»Siguen diez firmas, algunas que delata una mano que apenas sabe poner su nombre; otra, la de un traidor repugnante, Luis Barceló; las demás anónimas; la última, la de D. Vicente Rojo» (2).

El resultado práctico de esta visita fué nulo, en cuanto a las intenciones que se perseguían, pues la respuesta de los Jefes resultó unánime, y la voluntad de los defensores única. Sin embargo, sirvió para comprobar la existencia de la mina y para que el General Moscardó hiciera una petición que motivó la llegada de un segundo parlamentario. Este es el episodio más difícil de cuantos ocurrieron durante el asedio. Para asegurar la imparcialidad, habremos de limitarnos a exponer los textos que se han escrito sobre la misma.

En el núm. 47 del diario El Alcázar, correspondiente al dia 11 de Septiembre, se lee:

«Con motivo de la estancia del último parlamentario que visitó

<sup>(1)</sup> El Asedio del Alcázar, pág. 145.

<sup>(2)</sup> La Epopeya del Aleázar de Toledo, pág. 128.

nuestro glorioso Alcázar, nuestro Coronel indicó que desearía que, al igual que el resto de las fuerzas de nuestro glorioso Ejército, tuviéramos la debida asistencia religiosa, y que si había algún Sacerdote que quisiera ejercerla, víniese para ser nuestro Capellán; el Gobierno de Madrid dejó que por el espacio de tres horas pudiéramos disponer de un Sacerdote, y aun cuando ésta no era la aspiración del mando, puesto que ella significaba lo que era y será con nuestro triunto tradición en nuestro Ejército de disponer entre sus servicios de religioso, ello nos ha consentido hoy tener unos actos alegres y consoladores como han sido la celebración de la Santa Misa y el haber podido comulgar nuestros heridos y las personas que no habían comido y asistían al Santo Sacrificio, la nota ha sido emotiva, consecuencias de la fe de los que han participado en los actos, que han sido todos. pues los que como consecuencia de los servicios o de insuficiencias de local no han podido hacerlo personalmente, han tenido asistencia en espíritu, y según dice el Sacerdote celebrante lucraban las mismas gracias de los que han tenido la dicha de asistir; una alegría inmensa y un aliento más para reforzar el de nuestros ideales y una fraternidad más estrecha entre todos para unirnos con los lazos más sólidos, los de la fe y el patriotismo; terminó el acto con la nota de alegría de dos bautizos. Un día de los muchos que vivirán perennes en nuestro recuerdo y un acrecentamiento en nuestra gratitud para esa amorosa Providencia de Dios que tantas veces se nos muestra a través de nuestros esfuerzos y luchas por los intereses de Dios v de España» (1).

El Sr. Martínez Leal relata así los hechos:

«Estamos viviendo las primeras horas del día 11, y el enemigo nos saluda con sus proyectiles de grueso calibre, batiendo fuertemente los edificios de Santiago, Lavadero, Comedor de Alumnos y Picadero, donde causan grandes desperfectos. A las ocho y media próximamente cesan todos los fuegos, y en la Ciudad de los Concilios reina un silencio sepulcral.

A las nueve en punto se presenta ante la fachada Sur el Canónigo, Magistral de Madrid, D. Enrique Vázquez Camarasa, vestido de paisano y con un Crucifijo en la mano, entrando en el Alcázar con las formalidades reglamentarias.

<sup>(1)</sup> Conservamos en la transcripción la puntuación del original.

Este ministro del Señor se da cuenta exacta de nuestra situación y del ambiente que se respira. También sabemos los defensores que es un elocuentísimo orador sagrado y se honra con el título de «Predicador de Su Majestad».

Durante su permanencia en el Alcázar celebra la Santa Misa, colocándose el Altar en el ángulo SE de los sótanos de la primera planta a fin de que puedan verlo los asistentes a este culto.

El Sacerdote celebrante da la Comunión a los enfermos y heridos y también a los que no hayan comido y asisten al Santo Sacrificio de la Misa.

A los demás les concede la absolución general y a cuantos no han podido acudir, por hallarse de servicio, dice en su corta plática, que gozan de la misma gracia, pues considera que han asistido en espíritu.

Terminado este solemne acto, concede el Sacramento del Bautismo a dos niños, uno de ellos que entró en el Alcázar sin haberlo recibido y el otro nacido en los sótanos de la fortaleza.

Para los alcazareños ha sido un día grandioso y espiritual, que ha tonificado las almas, sintiendo no haber escuchado la arrebatadora palabra de este grandilocuente orador, que tantos éxitos ha obtenido en la tribuna sagrada.

En los semblantes de los fieles se refleja la intensa alegría de estar preparados, si así lo dispone la divina Providencia, para recibir la muerte con la satisfacción del que cumple los deberes cristianos. Las damas musitan oraciones y besan a sus hijos porque han obtenido la dícha de asistir a la Santa Misa y haber recibido la absolución.

Es digna de constancia la actitud del agente de Vigilancia D. David del Campo Pavón, quien entrega al Sacerdote Vázquez Camarasa un anillo de oro con dos brillantes y una esmeralda, rogándole lo haga llegar a la Virgen del Sagrario, como tributo de gratitud, por los beneficios que ha recibido de la excelsa Patrona de Toledo.

El Canónigo Vázquez Camarasa promete cumplir la voluntad del donante, a cuyo efecto le entrega éste su tarjeta personal para que sepa quién hace la ofrenda.

Minutos antes de las doce sale el emisario del Alcázar en igual forma que a su llegada.

A continuación, el Coronel Moscardó reune a los Jefes que

componen el Consejo y les manifiesta que el Canónigo Vázquez Camarasa, además de la misión espiritual, traía la política, cuyas proposiciones fueron por unanimidad rechazadas. Los alcazareños mantienen con firmeza su elevada moral para la defensa y no creen en las promesas que le hace un contrario falto de honorabilidad implacable y cruel.....

El enemigo, al verse defraudado en sus peticiones, abre nutrido fuego de toda clase de armas, causando, como siempre, bastantes desperfectos.

Su acción demoledora continúa durante la noche con algunos intervalos de tiempo. Han sido muy escasas las bajas sufridas.

Los trabajos subterráneos siguen haciéndose periódicamente y se oyen las explosiones de los barrenos» (1).

El relato, según el P. Risco, dice así:

«El día 11, muy de mañana la bocina de las inmediaciones anunciaba de nuevo la presencia de otro hombre que iba a entrar en el Alcázar: era un Sacerdote conocido por su elocuencia en los púlpitos de España, D. Enrique Vázquez Camarasa.

No quisiera poner ningún prólogo a este triste, al par que venturoso suceso, aunque de una ventura demasiado efímera; pero la Historia no puede, ni falsear los hechos, ni darles una equívoca interpretación que los desfigure. Aquel día fué muy devoto pero muy triste para el Alcázar toledano, de los más sombríos que padecieron los héroes, que, por ser héroes, eran católicos, o, si se quieren invertir los términos para hablar con más propiedad, por ser católicos eran héroes. Me ceñiré a la relación escueta de lo que sucedió en aquella mañana de imborrable memoria: mis datos son rigurosamente verídicos.

El Sr. Camarasa, previo el anuncio bajo palabra de honor, de una suspensión absoluta de hostilidades por ambas partes durante tres horas, se presentó delante del edificio; venía con un Crucifijo en sus manos; fué identificado; se le vendaron los ojos, y se halló en aquellos infectos sótanos, en presencia del Jefe D. José Moscardó, con quien habló largo rato.

Era otro Comisario del Gobierno de Madrid para intimar la rendición del Alcázar, o a lo menos la salida de las mujeres y los niños; el éxito se había confiado a su elocuencia.

<sup>(1)</sup> El Asedio del Alcázar, pags. 148 a 150.

A solas, sin testigo ninguno, el Sacerdote, con tono persuasivo que iba tomando poco a poco el sentimentalismo de una súplica, fué exponiendo su deseo, ruego o encargo, y el Jefe militar le iba saliendo al paso, rudo, tajante con el monosílabo ¡No, señor! ¡No, señor! de un modo firme y decisivo.

Cuando terminó la enojosa plática, el Sr. Moscardó le dijo con entereza:

- —Señor, tal vez los deseos del Gobierno, y sin duda también los de usted, vayan guiados por la mejor intención, y quizás yo haría lo posible porque esas mujeres y esos niños fuesen puestos en salvo; pero tengo noticias «fresquísimas» de los sucesos que están ocurriendo en muchos pueblos y ciudades de España. Así, que no hablemos más del caso. ¿Viene usted preparado para confesarnos y celebrar la Santa Misa?
  - -Desde luego, Sr. Coronel.
- -Pues bien; es lo único que deseamos de usted. Voy a dar las órdenes para que se prepare el altar.

El Sr. Camarasa se sentó en un improvisado confesionario y oyó varias confesiones; después bautizó a dos niños y comenzó el Santo Sacrificio.

El altar, teniendo como fondo una gran bandera bicolor, se había colocado en el ángulo sudoeste del sótano superior. La Virgen Inmaculada, que ya se llama la Virgen del Alcázar, destacaba su divina hermosura sobre este fondo español.

El espectáculo, en efecto, era imponente; trágico, con toda la trágica sublimidad de una de aquellas misas de los primeros cristianos, celebradas en los subterráneos de las Catacumbas de Roma.

El olor era repugnante; un olor característico, formado en el ambiente con respiración de masas humanas, con residuos de comidas y deyecciones, con el polvo y los vapores de la trilita, que penetraban por los boquetes abiertos ya en el muro a poder de granadas de mano, con miasmas de cuadra, de cocina y de aljibes subterráneos.

Era el único incienso que podían ofrecer a su Dios aquellos valientes cuando le vieran bajar de los Cielos hasta las manos del Sacerdote para saludarles y bendecirles.

Después del Evangelio, el Sacerdote se volvió hacia la abigarrada multitud que entre la oscura penumbra destacaba su cara pálida y hacía girar sus ojos brillantes, que los tenía clavados en el altar, esperando oir de labios de Jesucristo, por mediación de su Ministro, frases de cariño, palabras de amigo, expresiones de aliento y de confianza.

Los ánimos se hallaban aquel día excitadísimos por el miedo; la mina que pronto veremos funcionar en el subsuelo, traía inquietas a las mujeres y a los niños; temíase de un momento a otro su explosión y agigantaban en sus imaginaciones femeninas los futuros efectos de aquel mortífero artefacto.

En medio de aquella sobreexcitación nerviosa, resonó por las bóvedas oscuras una voz, que tantas veces ha llevado la confianza en la misericordia de Dios al corazón de los fieles, apiñados en torno del púlpito, en nuestras grandes catedrales españolas.

¿Por qué el orador echó el río de su oratoria por unos cauces tan pedregosos? Lo ignoran los que le oyeron. Tal vez la visión de aquel espectáculo desorientó su elocuencia y no comprendió que se pudiera abrir otra puerta a los sitiados que la de la rendición; no vió otra que estaba ya entreabierta, la que les franqueó España unos días más tarde. Para el orador, aquellos oyentes, que le miraban con espanto y no con la confianza que ellos habían soñado, eran unos reos de muerte que muy pronto, tal vez al día siguiente, se iban a ver delante del tribunal de Dios para rendir cuenta de su conducta.

Un clamor sordo interrumpía los conceptos del orador; la visión de la mina se levantó como un fantasma de gigantes proporciones en la imaginación de las madres que, abrazadas a sus hijos y teniendo muy cerca a sus esposos, escuchaban la arenga....., y lloraron mucho. Una de ellas me ha dicho:

La impresión que recibimos era la de que venía a absolvernos en común a todos porque al día siguiente íbamos a morir todos aplastados por la mina.

Se repartió el Pan eucarístico; la guarnición estaba presente, alineada con marcial actitud detrás de las mujeres. Sólo faltaban los que exigía el servicio de los frentes. Comulgaron muchos, todos los que pudieron confesarse antes de la Misa, el primero, Moscardó.

Terminado el Santo Sacrificio, organizóse la procesión para llevar la Sagrada Eucaristía a los enfermos y heridos; la imponente comitiva de Jefes, Oficiales, tropa, mujeres y niños, se puso en movimiento. De pronto, una voz inició un canto; siguiéronle todos, y aquellas mazmorras llenáronse en sus cóncavos vientres de acentos polifónicos: dulces unos, como lo serían las vocecitas de Cecilia y de Inés; robustos y varoniles otros, semejantes a los de aquellos soldados de la Legión Tebea.

Desde el fondo de aquellas lóbregas catacumbas subía al cielo la canción del amor y de la fe española, que se mezcla siempre entre el incienso cuando sube en espirales hasta ocultar nuestras ricas custodias:

«Cantemos al Amor de los Amores; Cantemos al Señor. Dios está aquí...

Y allí estaba entonces con ellos para visitar a los sanos y para consolar a los enfermos. Si no podía quedarse doblemente cautivo en el Sacramento del Amor y en la prisión del Alcázar, culpa suya no era..... jni de los cautivos tampocol

Terminada la ceremonia, hablaba poco después el Sacerdote con el Comandante Militar del Alcázar sobre el tema, ya tan manido, de que era preciso, necesario, de estricta conciencia, sacar del Alcázar a las mujeres y a los niños y entregarlos en las manos de esos milicianos marxistas, que estaban entonces profanando las mujeres que se hallaban por los pueblos y ciudades donde se extendía su poder criminal.

Pasó por delante de ellos una señora, la hija del Teniente Coronel de la Guardia civil, la esposa del mártir de la Patria que murió dos días después y ante el cual he rezado yo un responso en la Piscina.

-Venga usted, Carmen-le dijo el Sr. Moscardó.

La señora se acercó al Sacerdote con respeto. El Coronel prosiguió:

-Creen en Madrid que ustedes no abandonan el Alcázar porque viven coaccionadas por nosotros. Pueden deliberar lo que crean más conveniente y decirlo a este señor Sacerdote, que eso se hará.

La hija del bravo Teniente Coronel Romero contestó sin titubear un instante:

-¿Coaccionadas nosotras? ¡Nol He hablado de este asunto con todas las mujeres del Alcázar y todas piensan como yo.

O salir libres con nuestros esposos y con nuestros hijos, o morir abrazadas a ellos entre las ruinas; pero solas..... jnuncal

—Ya ve usted lo que opinan estas señoras; es la voz de todas las que viven con nosotros.

Poco después el Sr. Camarasa dejaba aquella mansión del heroísmo. Por consideración a su ministerio sacerdotal, no se le vendaron los ojos; le acompañaba la comisión que le había recibido, nadie más; de nuevo quedó el altar vacío.

Sobre este episodio he hablado con el Coronel D. José Moscardó muy detenidamente. En medio del diálogo, y tal vez saliéndose del tema, decía, como hablando consigo mismo:

«¡Mi conciencia, mi conciencial ¡Cómo apretó sobre ella aquel Sacerdotel ¡Mi conciencia durante el asedio todo! ¡Toda la responsabilidad del mando y de las más insignificantes decisiones pesaban sobre mi conciencial No quise declinarlas sobre nadie. Cuando me sentía atribulado, no vacilante, porque jamás lo estuve, pero sí atribulado, me iba a la Capilla y vertía mi corazón a los pies de la Virgen Inmaculada. Ella me decía que iba bien, que no podía hacer otra cosa de lo que estaba haciendo. ¿Cómo entregar a la ferocidad marxista aquellos seres inocentes que me habían entregado, más que su vida, su honor y su pureza para que las guardase en aquel relicario?

»¡Ohl ¡Cuántas veces, también, temía que el desaliento pudiese hincar su garra entre los míos! Entonces, buscaba en el Santo Evangelio palabras de confianza en Dios, buscaba entre los pliegues de nuestra bandera las frases que pudieran levantar el espíritu de aquellos héroes. También yo, con los tres que dirigían las plegarias, me hice muchas veces Sacerdote en aquella Capillita».

La voluntad de los sitiados quedaba sin cumplirse. Lo que ellos deseaban no era aquello, era un ministro de Dios que tuviese el celo y el valor suficientes para encerrarse en el Alcázar y morir con los defensores, abriéndoles, al sepultar su cuerpo entre las ruinas, las puertas del otro Alcázar, donde las hordas marxistas no pueden abrir brechas con sus granadas de quince y medio.

Y sepa también la Historia que aquel día, por parte de esas mismas hordas criminales, se violaron las más rudimentarias leyes del honor que deben presidir semejantes ceremonias de la guerra.

Confiado en esa palabra de honor dada por la bocina del Frente Popular de suspender totalmente las hostilidades durante tres horas, un joven falangista cometió la imprudencia de asomarse a una ventana. Se le estaba acechando y se disparó sobre él desde un balcón de los parapetos enemigos, y el muchacho rodó sin vida por el interior del Alcázar. Tome nota de esto la Historia para el día en que quiera hacerse la apoteosis de los hijos de Rusia» (1).

Los Sres. Arrarás y Jordana consignan el diario de operaciones del General Moscardó, donde se lee:

«A las nueve cesó el fuego y a esta hora, conforme a lo pactado, apareció por el frente sur con un Crucifijo en la mano, el Canónigo Sr. Vázquez Camarasa, que fué entrado lo mismo que el anterior parlamentario.

Durante su estancia dijo la Santa Misa, ofreció la Comunión, después de dar la absolución general, a los que no habían comido nada y a los heridos y enfermos. A las doce se marchó con las formalidades reglamentarias. Ni por la tarde ni desde las nueve de la mañana tiró la artillería del 15,5 cm., y la del 7,5 cm., sólo hizo un disparo sobre las dieciséis horas. Las granadas disparadas durante el día fueron 62 del 15,5 cm. Durante la noche tiró otras 12 del 15,5 cm., que tuvieron como objetivo el patio, haciendo un total de 74 granadas. De diecinueve horas a las diecinueve quince, pide el Comandante Rojo hablar con el Coronel sobre evacuación de mujeres y niños, contestándosele negativamente. A las veinte treinta se ove un fuerte fuego de fusilería y petardos en dirección al Zig-Zag y Puerta de Carros, producido por el enemigo ante la alarma de una salida que creyó nuestra; el resto de la noche sin novedad. Las explosiones subterráneas se siguen ovendo en ritmo periódico de tres horas aproximadamente » (2).

Más adelante añaden:

«El episodio de la entrada en el Alcázar del Padre Camarasa, motivó extensas informaciones y algunas crónicas. Entre aquéllas es la más completa la de la Agencia Havas, desde Madrid. Según ella, el Gobierno envió a unos milicianos al domi-

<sup>(1)</sup> La Epopeya del Alcázar de Toledo, págs. 130 a 135.

<sup>(2)</sup> El sitio del Alcázar, págs. 83 y 84.

cilio del Sr. Vázquez Camarasa, en donde encontraron a otro Sacerdote muy anciano que les dió, confidencialmente, la dirección de aquél. Conducido a Toledo, efectuó su viaje al Alcázar en las condiciones ya sabidas. Nada más salir, tuvo una entrevista con el Teniente Coronel Barceló y el Capitán Sediles, dándoles cuenta del resultado de la misión que le había confiado el Gobernador y de la respuesta del Coronel Moscardó, de que todos preferían morir antes que rendirse, sin embargo de lo cual, aquella noche tendrían una reunión los sitiados para decidir definitivamente. Manifestó que el interior del Alcázar presenta el aspecto más triste que la imaginación humana puede concebir, percibiendo el hedor de los cadáveres de los que cayeron en los diversos asaltos.

Entre las crónicas destaca la de Louis Delaprée, testigo presencial, de la que traducimos algunos párrafos:

Nueve de la mañana. Un hombre alto, de cabellos grises, desciende de un auto oficial, dentro de Toledo, pasada la Puerta de Visagra. Lleva un traje azul obscuro, con cierta molestia, como quien no está acostumbrado a esa clase de vestido. Llegado ante la antigua Casa de Correos, domicilio actual del Comité de Guerra, dice algunas palabras al oído del centinela. El miliciano le mira con asombro y entra a anunciarlo a sus jefes.

D. Enrique Vázquez Camarasa entra en el edificio y vuelve a salir, minutos más tarde, acompañado por el Coronel Barceló, el Capitán Sediles y un comisario político.

Gracias al centinela, la noticia ha circulado por la Ciudad, sacando a la gente de su casa y a los milicianos de sus cuarteles. De repente, algunos voluntarios levantan el puño y gritan: ¡Viva la República! La multitud les imita, observando con intensa curiosidad a D. Enrique, pero cuando los oficiales que le rodean tienden también el puño, sin un minuto de vacilación, cierra vigorosamente su crasa mano sacerdotal y hace el gesto simbólico del Frente Popular.

Por las tortuosas callejuelas llegamos a la barricada de Capuchinos. Blandiendo una bandera blanca, el Coronel Barceló, un Teniente y el Sacerdote avanzan hacia el Alcázar por un terraplén lleno de piedras y de escombros. Cesó el fuego; el silencio es enorme y el instante solemne.

Entre las ruinas del Alcázar surge un oficial. Se nota que ha

cepillado su guerrera y que se esfuerza en parecer normal. Pero, bajo su barba, las mejillas hundidas, los pómulos salientes, los ojos febriles, dicen a las claras el estado en que se encuentra. Desciende lentamente sobre los escombros y, sin decir palabra, se detiene, esperando.

—Deme su palabra—dice el Coronel Barceló—de que respetarán la vida de D. Enrique Camarasa y no intentarán retenerlo con ustedes... Una voz, salida del Alcázar, dice: «El Coronel, Comandante en Jefe, os da su palabra».

Entonces, D. Enrique se inclina ante los oficiales republicanos y marcha lentamente hacia el Alcázar. Tiene en su mano izquierda un pañuelo blanco y el cordón del saquete que contiene los objetos del culto; en su mano derecha, un Crucifijo de bronce dorado. El Capitán le venda los ojos con el pañuelo y, tomándolo por la mano, lo lleva hacia el infierno subterráneo, donde tantos seres agonizan.

Poco antes del mediodía, D. Enrique Camarasa reaparece solo. Lleva siempre en la mano izquierda su pañuelo blanco y la bolsa de cuero, y en la derecha el Crucifijo de bronce dorado; pero no es el mismo que cuando entró. Ha envejecido varios años y sus labios tiemblan. Yo no sabía lo que era un hombre pálido hasta que le he visto... No dará detalles. No dirá lo que ha visto dentro. Pero su rostro, como días antes el del Comandante Rojo, guarda un reflejo del horror contemplado. No sabremos sino que ha administrado los Sacramentos a docenas de heridos, a centenares de rebeldes, vivos, pero ya en las manos de la muerte, y bautizado a dos recién nacidos...

El Sr. Vázquez Camarasa se apresuró a salir de España, para lo cual parece que encontró toda clase de facilidades. El 23 de Septiembre se encontraba ya en París, en donde fué entrevistado con un periodista dos días después.

Según manifestó al repórter, no estaba preso cuando el Gobierno de Madrid le confió la misión que había de llevarle al Alcázar, ni lo había estado antes. Su designación fué debida a la notoriedad de que distrutaba como orador y a la conveniencia de que el enviado fuese conocido de los sitiados.

El relato que hizo de su visita viene a coincidir con el que damos anteriormente. Solamente añade que a su salida no se le vendaron los ojos.

En ninguna de las frases pronunciadas, durante una interview de más de una hora, aparece la menor alusión al heroismo de los sitiados que había conmovido al mundo entero. En cambio, sin acordarse de que ya entonces habían sufrido el martirio más de quince mil Sacerdotes y religiosos, consideró del caso terminar la entrevista con las siguientes palabras:

«Durante siete sigios hemos luchado con los moros. Somos una raza de guerreros, y en nuestra sangre corre el virus de la lucha y de las batallas. Hay que acordarse de ello para comprender mejor la horrible tragedia que se desarrolla en mi país y que me aflige tanto. Ese instinto hereditario y salvaje ha podido conducir a ciertos clérigos españoles a coger la pistola, cuando sus manos no debieran llevar más que el Crucifijo. La misión del Sacerdote es la de socorrer. Durante toda mi vida, jamás intervine en política, por estimar que los eclesiásticos deben ser como las estrellas, que brillan por encima de las nubes…»

Al cabo de seis meses, el Sr. Vázquez Camarasa ha creido llegado el momento de decir lo que hizo, vió y sintió durante su breve estancia en el Alcázar. Después de afirmar rotundamente que un Sacerdote no puede tener convivencia de ningún género con las doctrinas comunistas o marxistas, y de juzgar duramente a los clérigos simpatizantes o propagandistas de la ideología y de la política que quieren matar en España el ideal religioso, los sentimientos nacionales y los principios de la civilización, el Sr. Camarasa se expresa en los siguientes términos:

«Se ha dicho que – además de mi misión sacerdotal—estaba encargado de proponer la rendición bajo la forma de la evacuación de las mujeres y de los niños. Afirmo que nadie me encargó de esta misión, y que si se me hubiera propuesto, la habría rehusado, aun arriesgando mi vida, porque la consideraba y sigo considerando completamente extraña a mi ministerio. Nunca se trató de rendición, en el sentido militar de la palabra. Lo que sí acepté fué proponer la evacuación de las mujeres y de los niños, porque no creía incompatible esa proposición con mi carácter sacerdotal. Si hubiese visto algo ajeno a este carácter, o que hubiera sido ofensivo o deprimente para los héroes del Alcázar, nunca hubiese aceptado el encargo.

»Parece, asimismo, que algunos han creído ver un sentido poco expresivo en relación con aquellos minutos históricos en las palabras que pronuncié en la Misa y que trataron de dos puntos: preparación del alma para la Comunión por el arrepentimiento y aceptación por Dios de los sacrificios de aquellos héroes.

»Si así fué realmente, sólo puede explicarlo mi falta de talento oratorio, particularmente en aquella ocasión. Y esa especie de inexperiencia no podía deberse más que a la profunda emoción que sentía. Fué tan grande, que quiero evocar dos recuerdos, particularmente emocionantes para mí. Primeramente, cuando me acerqué, llevando la Santa Hostia, al ilustre General Moscardó, el cual, en primera línea, delante del Altar, arrodillado sobre las losas, parecía el símbolo vivo de la devoción, de la dignidad y de la fuerza de todos.

»Y después, cuando dando la Comunión en la enfermería a un médico, cuyo nombre siento ignorar, le oí pronunciar, mientras miraba a la Hostia Inmaculada, estas palabras, que me parecieron una oración exaltada de Fe y de Patria: «Por España..., por España...»

»Esas dos figuras encarnaron para mí la fuerza del sacrificio y del heroísmo que habitaban entre aquellos muros.

»Y fué tan fuerte la emoción que sentí, que dos lágrimas acudieron a mis ojos y estuvieron a punto de caer. Pero me repuse, temiendo poner una nota de aparente flaqueza en aquel ambiente en que nadie lloraba y todos atestiguaban la firmeza más serena.

»Sea Dios testigo de que penetré en el Alcázar pensando en España y con la firme decisión de llevar a aquellos héroes el consuelo que habían pedido a la Religión.

>¿Que por que no me quedé con ellos, como muchos se han preguntado? Aseguro que la idea estuvo en mi ánimo y en mi deseo. Si no lo hice, fué porque había entrado allí a condición de volver, que había dado mi palabra y que el hecho de permanecer allí contra mis promesas, hubiese provocado terribles represalias contra Sacerdotes e incluso contra cíviles.

»Por lo demás, nadie como yo ha sido testigo del heroísmo, de la dignidad, de la firme resolución de morir por Dios y por la Patria y del fervor religioso de aquellos jefes, de aquellos soldados y de aquellas mujeres, que ofrecían su vida en acción de fe y de confianza en los gloriosos destinos de España».

Hasta aquí el Magistral de Madrid. ILástima que esta impre-

sión no haya sido publicada antes de la liberación del Alcázar, o, cuando menos, de que el triunfo del Ejército Nacional fuese un hecho indudable»! (1).

Finalmente, en el libro de Muro Zegrí consta la versión que

sigue:

«Se confirma lo de la mina», había dicho el Coronel, y a nadie ocultó la verdad. Parecía indudable que cuando se la hiciese estallar perecerían allí cientos de personas. Había que prepararse a morir como cristianos después de pelcar como caballeros. Consciente de su responsabilidad ante Dios, el Coronel aprovechó de la visita del Comandante Rojo para solicitar del enemigo el envío de un Sacerdote.

Pero no para pasar unas horas con ellos, sino para permanecer allí, para quedar de Capellán.

No se consiguió tanto, pero el día 11 por la mañana, previos los avisos y acuerdos oportunos, se suspendió el fuego por ambas partes, y a las nueve se presentó en la Puerta de Carros el Magistral de Madrid, D. José Vázquez Camarasa. Hasta el Casino le había acompañado el Teniente Coronel Barceló. Al cruzar frente a los milicianos sonrió y cerró los puños. Después extendió los brazos en alto llevando una Cruz de cobre en una mano y un pañuelo blanco en otra. Estaba muy pálido y le acompañaban unos cuantos milicianos y periodistas.

Para identificarle y recibirle fueron designados los Sres. Sanz de Diego, Martínez Simancas y Marín. Este último era el único que podía reconocerle por haber asistido el año anterior a sus sermones en Toledo.

Para cerciorarse de que aquel caballero tan atildado era efectivamente el Sacerdote anunciado, le dijo el Sr. Marín:

- -¡En qué circunstancias tan diferentes de la otra vez viene usted!
  - -Sí, la otra vez que estuve en Toledo, vine a predicar.
  - -¿Y cuando fué?
- -Por la Cuaresma..... en los Carmelitas. Un triduo a Santa Teresita.

Comprendió el enviado lo que significaba aquel interrogatorio tan discreto, sin embargo, y hasta parece que mostró algún

<sup>(1)</sup> Obra citada, pags. 233 a 238.

mohin. Pero prosiguiendo el camino al interior del sótano, le preguntó el Sr. Marín:

-¿Puede usted decir Misa?

Vaciló el Sr. Vázquez Camarasa, sorprendido ante aquella pregunta como si fuera inesperada, y por fin contestó sin entusiasmo:

--«Bueno».

En esto se presenta el Capitán de Infantería D. Manuel (1) Moreno, que adivinaba a qué venía aquel hombre, le ató una venda a los ojos y después de pasearle le llevó al despacho del Coronel.

Allí, prevaliéndose de su carácter, es de suponer que intentó alguna gestión al margen de la misión estrictamente sacerdotal para que se le llamaba. Lo mismo que el Comandante Rojo, pero seguramente con más interés, propuso una rendición, la salida de las mujeres, etc. Lo que sí se sabe es que cuando se encontraba con alguien preguntaba: ¿Es usted oficial....? ¿Por qué no insiste en convencer a Moscardó para que salgan las mujeres?

Los oficiales, o no se declaraban tales o rehuian el contacto.

Las negociaciones debieron ser breves. Algunos de los defensores quisieron confesarse por no quedar completamente tranquilos con la absolución general del Sacerdote, mediante un acto de contrición. En el mismo despacho del Coronel, se confesaron varios, y hubo que suspender las confesiones porque el tiempo que el Gobierno de Madrid había señalado era de tres horas.

Mientras tanto, en el primer sótano, en el ángulo que da al paso curvo, disponía D. Andrés Marin el altar de la capilla de las Hermanas, y todo lo necesario para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

Aquí dejamos la palabra al Alcázar, a cuya versión oficiosa quiero atenerme por no escarbar en un asunto cuyo fallo han dado todos los defensores con frases tan violentas que nos resistimos a transcribirlas por respeto al carácter sacerdotal:

«El Gobierno de Madrid dejó que por espacio de tres horas pudiéramos disponer de un Sacerdote, y aun cuando ésta no era

<sup>(1)</sup> Así en el texto, pero el citado Capitán es D. Rafael Moreno Garrido, actual Teniente Coronel Habilitado y Ayudante del General Moscardó.

la aspiración del mando—un Capellán había pedido—puesto que ello significaba lo que era y lo que será con nuestro triunfo, tradición en nuestro Ejército de disponer entre sus servicios del religioso, ello nos ha consentido tener hoy unos actos alegres y consoladores como ha sido la celebración de la Santa Misa y el haber podido comulgar nuestros heridos y las personas que no habían comido y asistían al Santo Sacrificio. La nota ha sido emotiva, consecuencia de la fe de los que han participado en los actos, que han sido todos—con el Coronel en primera fila—pues los que como consecuencia de los servicios o insuficiencia del local no han podido hacerlo personalmente, han tenido asistencia en espíritu, y según dijo el Sacerdote celebrante, lucraban las mismas gracias que los que han tenido la dicha de asistir..... Terminó el acto con la alegría de dos bautizos».

No hace el periódico alusión a un fervorín o plática pronunciada por el Sacerdote que sería muy difícil condensar. Por su tono sibilino – «Dios escribe derecho con renglones torcidos» –, produjo efectos profundamente desmoralizadores, o mejor dicho, descorazonantes, y muchos tuvieron que echar mano de su profunda fe cristiana y de todas sus energías morales para no caer en el desaliento o intentar un acto de violencia.

«Fué un momento de los más emocionantes para todos los presentes—había de escribir en su diario el Teniente Enríquez de Salamanca—hasta el punto que la mayoría de chicos y grandes vertían lágrimas sin poder contenerlas. Dentro de la emoción del acto, ha servido para dejar decaídos los ánimos de muchos de los sitiadores, en especial mujeres, que repasan lo visto y creen cosas mal fundadas».

«¿A qué ha venido? ¿Quién le ha llamado para esto? ¿Pero por quién nos ha tomado....?» Estas eran las frases más anodinas de quienes veladamente se habían oído culpar de la sangre que allí se derramaba; y más cuando poco después corrió por la Academia una frase atribuída—no sé con qué fundamento—, al Magistral cuando subía al despacho del Coronel: «De esto tienen la culpa tanto los que se defienden como los que atacan».

Varios rasgos emocionantes se dieron con motivo de esta visita. Cuando en primera fila, de rodillas sobre los guijos del piso, se acercó a recibir la Comunión el Coronel Moscardó, todos experimentaron un escalofrío de emoción, porque si alguien

necesitaba ser fuerte era él, y todos pedían a Dios que aquel Pan de los fuertes que recibía, le diese el consuelo en sus tribulaciones.

Cuando llevaron la Sagrada Comunión a los heridos, un Médico, antes de recibir al Señor, le contempló fijamente y pronunció estas palabras como arrobado: «¡Por España!.... ¡Por España!

Como cuando la embajada anterior, los milicianos se pusieron a conversar con nuestros Oficiales. Desde las ventanas gritaban algunos defensores: «¡Cigarros! ¡Dadnos cigarros!

Bajaron algunos guardias. Pudieron los rojos contemplar a placer a aquellos seres pálidos, cadavéricos, de tez surcada de arrugas, descalzos, vestidos de andrajos, sin más indumento integro que el correaje.

Entre ellos, un individuo alto, que parecía haber llegado al límite de la depauperación física. Era el Capitán Vela. Ostentaba una medalla con un lacito de los colores nacionales. Los rojos le niegan el tabaco y hablan:

—«Rendíos. ¿Qué hacéis aquí? Os están engañando. Pasáis hambre y estáis condenados a morir. No se os hará nada. Salvaréis a tantos seres inocentes amenazados por la traición de unos cuantos canallas.

Los nuestros no hacen caso; saben que el enemigo no entendería de los ideales en que ellos comulgan, y no pierden el tiempo echando margaritas a los puercos. Aparte conversan el Capitán Vela y el camarada Angel Casas:

- -¡A ver cuándo acabáis de una vez!-dice el Capitán.
- -jRendíos!....

En esto, un disparo enemigo viene a burlar el pacto convenido. A una de las ventanas altas se había asomado el falangista Nicolás Hernández, valiente como tantos. Quería respirar el aire con libertad y contemplar a poca distancia la casa donde estaban sus padres..... Una bala traicionera rompió aquella vida.

Los Jefes del Alcázar dan órdenes rápidamente. Termina la entrevista. Los camaradas levantan el puño. El Capitán Vela, en el umbral de la puerta que se va a cerrar, extiende el brazo con la mano abierta y les reta y despíde en nombre de todos con aquellas palabras sublimes de desprecio a la muerte:

—«¡A ver si termináis de una vez!».

Mientras esto sucedía, estaba el Sr. Vázquez Camaras 1 con

las Oficiales. Algunos le dieron cartas para sus deudos en Madrid. Un Jefe, más avisado, creyó que aquello no convenía. Vázquez Camarasa dijo que él era un caballero; los Oficiales no se lo negaron, pero le dijeron que la gente con quien iba a tratar no eran caballeros, y por si acaso, convenía se quedasen allí los papeles. Así se hizo, en efecto.

Le invitaron a marcharse, pero alegó que aún no había transcurrido el tiempo que el Gobierno le había señalado. Por fin, fué acompañado por los mismos que le recibieran. Nadie había a la puerta ni en el exterior. Tuvo que asomarse al medio de la calle D. Andrés Marín y gritar:

-¡«Atención! ¡Atención! Va a salir el Sr. Camarasa».

Nadie contestó. El silencio era sepulcral. El enviado se ató el pañuelo por encima de la frente y se fué» (1).

11.—**Humorismo.**—Hubo por parte de los defensores alcazareños una moral tan sostenida, que alimentaba un sano humorismo, puesto de relieve en frecuentes ocasiones. Sin duda, culminan en aquel día 18 de Septiembre en el que se hicieron estallar por los rojos las dos minas después de un intenso cañoneo con no menos de 86 disparos, e intentando a continuación el asalto, con el lujo de fuerzas a que ya hemos hecho referencia. En el periódico *El Alcázar* se hizo breve y austero relato en consonancia con el espíritu heroico que informa todos los actos de los defensores (2), pero hubo el suficiente humor para dar

<sup>(1)</sup> La epopeya del Alcázar, págs. 314 a 320.

<sup>(2)</sup> Dice así la sección titulada «Información alcazareña»: «Seis cañones del 15,5 cm. a plena intensidad de fuego y dos minas de a dos toneladas para arriba cada una, en acción simultánea, no han podido producir otro resultado que el aumento de estas gloriosas ruinas, que han de quedar como mudo testige de una lucha épica en que la providencia de Dios nos tomó como instrumentos suyos para defender sus sagrados intereses, fundidos con los de la civilización cristiana y los de España en lo que tenía mayor grandeza en la Historia de la Humanidad.

Dia duro, a prueba del ánimo de estas tropas que tenían dentro de si el espiritu y la representación de esta sagrada joya, que si cuando estaba enhiesta era exponente de nuestra grandeza no superada de los tiempos pretéritos, en adelante sus santas ruinas, y por el esfuerzo de los lectores de este periodiquillo, será señal inequívoca de que España entra en etapa que está a la altura de aquéllos; la sangre tan generosamente vertida en el rechazo

señales de vida y de valor, iniciando el fuego de ametralladora al ritmo popular de la frase «y una copita de ojén». Así continuaron iniciando el fuego en los momentos en que se advertía intento de asalto o amenaza de mayor cuantía.

Con tal temple pudieron escribirse las misceláneas, llenas de ingeniosidades, ya iniciadas en el primer número, diciendo: «Meditar en el cuento del portugués, que perdonaba la vida a su enemigo si le sacaba del pozo» y ampliadas desde el número 2 con la siguiente nota remitida por las clases y tropa de la Escuela Central de Gimnasia: «Cock-tail de bravos: DON PEPINO, haciendo el Comendador, visita casi todas las dependencias. Como lleva bigote del 15,5 se le respeta y se le cede el local por algunos instantes. Quedó terminantemente prohibido recoger granadas antes de que explotasen, pues era un verdadero abuso no dejarles cumplir su misión. El cañón, después de su generosidad con nosotros, hacen que los proyectiles pasen de largo, teniendo que consolarlos con cantar aquella copla andaluza de... ¡ADIÓS GRANADA...! Los víveres se han puesto algo caros y fué preciso acortar la ración. Sólo en el depósito destinado al miedo

de los asaltos que han seguido y que tan valientemente han hecho fracasar, será semilla fructifera de un porvenir gloriosisimo; imposible dar indicación de los que se han distinguido; todas las fuerzas, todas, militares y civiles, sin olvidar a estas mujercitas—ni una sola baja entre ellas, que es nuestra mayor satisfacción—que en el sentir a España y a sus tradiciones, no ceden a sus propios hombres.

Estamos en los finales de esta verdadera epopeya, en la que tan generosamente, en los momentos más difíciles, siempre hemos tenido un apoyo providencial, llegado a nosotros por nuestra Virgen bendita, que si bien es difícil añadir títulos al que ostenta la Inmaculada Concepción, yo me permitiria pedir a nuestras autoridades eclesiásticas que le añadieran el sobrenombre del Alcázar.

<sup>¡</sup>A SEGUIR, PUES, HASTA EL FINAL DE ESTA GENEROSÍSIMA EMPRESA!».

A continuación se inserta la siguiente NOTA DE LA REDACCIÓN: «El frustrado intento de asalto de nuestro Alcázar por el enemigo en la mañana de hoy, ha obligado a nuestro taquigrafo D. Andrés Marin a realizar servicios apremiantes e includibles en la Enfermeria y, por ende, a demorar, bien a su pesar, la traducción de las cuartillas que contenían las últimas noticias captadas a Radio Club Portugués, de las que, si Dios quiere, haremos mañana un resumen». (Núm. 54, correspondiente al día 18 de Septiembre de 1936. Repetimos que conservamos la puntuación del original).

puede hacerse provisión caprichosa, pero no corráis, que hay muchas reservas.»

En el número 3 se lee: «ANUNCIOS: Se necesita un hombre de confianza para cargo importante. Inútil presentarse sin una Legión de informes, aunque estos sean Regulares; en una palabra, que sea lo más Franco posible».

Estos detalles hacen comprender que el día 6 de Agosto se anunciara la función siguiente: «Circo Alcázar. Empresa 5 y 1/2 and company. Programa de la función vermouth que tendrá lugar esta tarde a las 5,30. Jueves, 6 Agosto 1936. 1.º Sinfonía a cargo de notable y numerosa orquesta. 2.º Presentación de la Compañía. 3.º Los notables magos TRAPIELLINI AND SISTER. 4.º Los contumaces del regocijo. 5.º Exhibición del formidable equilibrista de fama mundial CHU-LING-KAL-VAR. 6.º Presentación del genial humorista MISTER ZAKA. 7.º Final del campeonato internacional de lucha greco-romana individual (peso caballo). 8.º Fandando (sic), estilo carioca, por «Los Manueles».

12.—Lo extraordinario en el Alcázar.—En varias ocasiones se ha empleado la palabra milagro al hablar de muchos acontecimientos ocurridos durante el asedio; aunque, siguiendo las normas trazadas por la Iglesia nos abstengamos de emplear la palabra, habrá de reconocerse que tuvieron lugar sucesos de tipo extraordinario. No hemos de mencionar cuantos han podido ser recogidos, y sólo, como representativos, recordaremos algunos:

El día de la explosión de las dos minas primeras, contra todos los cálculos que pudieran hacerse, vino a cortarse el derrumbamiento por el lugar que ocupaba la Virgen, cuya imagen venerada fué lanzada a distancia sin sufrir detrimento alguno.

En el despacho del hoy General Moscardó, puede verse el hueco hecho en el muro por un proyectil del 15,5, el cual vino a estallar un día, cuando se encontraba reunido allí todo el Estado Mayor, y sin producir baja alguna. Cosa igual sucedió en la habitación destinada a la Falange, donde cayó una bomba de avión de 50 kilos, rompiéndose y derramándose toda la carga; y otra vez en la que ocupaba la Escuela Central de Gimnasia, donde otro proyectil del 15,5 quedó con la espoleta y sin estallar tam-

poco. Tres proyectiles entraron también en la habitación donde dormían dos niñas, y no les produjo ninguna lesión.

Digno de notarse es también la caída de dos piedras de mayor tamaño que el tragaluz por donde entraron al sótano, sin causar daño a las personas que estaban sentadas debajo de la claraboya.

No debe callarse la nota de que el azulejo en que aparece la imagen de la Purísima, Patrona del Arma de Infantería, y que se encuentra en el muro de Levante, donde el fuego marxista hizo multitud de impactos, ofrece la particularidad de que no tiene ni el menor desperfecto en el rostro.

En otro aspecto debe mencionarse, como caso extraordinario, el heroísmo de un Alférez de Complemento de Artillería, el cual se presentó indicando a los marxista que quería disparar contra el Alcázar, encargándosele una batería, pero dirigió los tiros hacia la Casa de Correos, donde tenían el Cuartel General y varias importantes oficinas los rojos y hacia la Fábrica de Armas, donde produjo desperfectos de calidad. Advertido de que debía rectificar el tiro, contestó que sabía bien lo que hacía, y entonces salieron de la Ciudad varios milicianos para ejecutar las terminantes órdenes que dictaron inmediatamente desde Toledo. Al verlos llegar, dijo el Alférez:

- —Ya sé a qué venís. Si tuviera armas, me defendería; como no las tengo, podéis fusilarme, pero muero satisfecho porque he servido a mi Patria. ¡Viva España!
- 13.—La mujer en el Alcázar.—Según la estadística formada con motivo del juicio contradictorio para la concesión de la Laureada colectiva a los que sufrieron el asedio, la población alcazareña fué la siguiente:

Militares que pertenecian a la Comandancia Militar	51
Idem retirados	17
Idem de la Escuela Central de Gimnasia	
Idem de la Academia de Infanteria, Caballeria e Intendencia.	261
Idem de la Caja de Recluta	10
Idem del Cuerpo de Guardias de Seguridad y Asalto	21
Agentes de Vigilancia	4
De la Guardia civil	690
Paisanos militarizados	106
Paisanos no militarizados	22
Total de defensores	1.227
Joun we defensores	1.22
Hermanas de la Caridad	5
Familias de los compatientes	528

Según la nota recogida al terminar el asedio, de conformidad con los datos oficiales derivados del Diario de operaciones que se había redactado durante las mismas, el número de mujeres refugiadas ascendía a 520, y el de niños a 50. Con verdadero orgullo se consigna en la misma nota, al dar las bajas habidas por accidente de guerra, que no se produjo ninguna entre dichas mujeres y niños; y este feliz resultado dió motivo a varios comentarios en el periódico El Alcázar y en las distintas observaciones de los cronistas de los hechos. Honra de los defensores constituía esta bienaventurada conclusión; honor de la población femenina fué ocupar dignamente su puesto y dar las respuestas gallardas, que son timbre de su gloria, en memorables ocasiones. Así, cuando los parlamentarios las invitaban a salir del recinto, supieron replicar que su vida estaba unida para siempre a la de sus maridos y a la de sus parientes. No todas pudieron tener campo abierto para su actividad, pues casi todas se dedicaron a coser, a auxiliar en la enfermería, a cuidar de la limpieza que cabía conseguir y a animar a los combatientes con su entereza.

Dignas, muy dignas de su misión, fueron las Hermanas de la Caridad, a cuyo cuidado corrió el consumir las sagradas formas para evitar sacrilegios, si por desgracia, sucedía lo no esperado, y a tomar todas las medidas necesarias para que no faltase el culto. Ellas tuvieron a su cargo auxiliar al Capitán médico don Pelayo Lozano, en las operaciones quirúrgicas, difíciles, peligrosas por la falta de asepsia, pero siempre afortunadas por el sello extraordinario que tuvo todo lo del Alcázar. Y ellas fueron también notables auxiliares del Capitán D. José Sanz de Diego y D. Andrés Marín, para atender a los moribundos. Estos dos, ayudados por otros valientes, eran los que consumaban la obra de caridad de dar sepultura a los caídos.

Entre las mujeres del Alcázar, se destacó Teresa González Fernández por su actividad, valor y atención máxima a los problemas de carácter femenino. Muro Zegrí, dice de ella: «Fué la mujer única, impar dentro del Alcázar. El día 15 de Agosto, encontrándose en el sótano de víveres, fué chamuscada en un brazo por la trilita de una granada. Y el día 17 fué tan animosa y tan serena de conducta durante el bombardeo, que en la orden de la Plaza del día siguiente, aparece como distinguida por el Mando, siendo la única mujer que mereció este honor».

Por su abnegación y singular conducta, ha sido también entre las alcazareñas, la única mujer a quien se ha concedido una condecoración individual.

14.—La liberación.—El día 27 de Septiembre amaneció con aspecto de tragedia: la alborada entristeció sus galas con el estruendo de los cañonazos y la explosión de la mina colocada contra la explanada oriental. Un nuevo intento de asalto, con empleo de gasolina para provocar un incendio, sucedió a la formidable explosión.

Sin embargo, no tardaron en mejorar las horas. El Glorioso Ejército Nacional pudo escuchar la citada explosión de la mina. porque la brillante marcha emprendida desde Africa, tocaba a su fin en su primera fase. La emoción más honda llegaba a los ámbitos del Alcázar para conmover al mundo entero. Porque el éxito moral, intenso, decisivo de la liberación de los delensores alcazareños, repercutió por el orbe todo, en el propio día 27, cuyas primeras sombras de la noche tuvieron un hálito de paz, que contrastaba con el aparato bélico de la mañana. El periódico de los defensores del glorioso recinto decía el día 26: «Imposible recoger-dice-todos los comentarios que sugirió la información de Radio Club Portugués y la confirmación que la realidad de los hechos y la propia observación nos dió de ellas. La emoción con que aver y hoy han seguido las operaciones que desde el Alcázar se contemplan por cuantos nos encontramos en él, y las cábalas y calendarios, exceden a cuanto puede suponer la imaginación más exaltada. Nosotros volvemos a insistir en las mismas recomendaciones que hacíamos ayer: SERENIDAD DE ÁNIMO Y UN REDOBLE DE PRECAUCIONES EN LA PRESTACIÓN DE TODOS LOS SERVICIOS; la esperanza nos la ha convertido en realidad. La solidaridad de nuestra abnegada resistencia y el bravo esfuerzo de las columnas que tenemos a la vista, nos debe hacer saber esperar para que las cosas se hagan en forma que, nuestro éxito, sea definitivo. Todo va cumpliéndose en la forma que lo intuía el entusiasmo por nuestra causa, la grandeza de la misma y la fusión de los intereses de Dios y de España». Y el día 27, cerraba su publicación este periódico con las palabras. «La proximidad de nuestros hermanos y las órdenes de la Superioridad, hacen que éste sea el último número que de

este periodiquito se publica. No lleva información de ninguna clase, más que el grito de triunfo que supone el ¡Viva España! La redacción ha querido que la realidad sea la última página que se escribe. El periódico, pues, no continuará publicándose, por lo menos hasta que el Mando lo ordene». Un ¡Viva España! cruza el centro de la hoja diagonalmente, como un surge et ambula que denuncia la hora del portento.

Estas últimas horas del asedio han quedado señaladas en el diario del General Moscardó con la dignidad militar y cristiana que reflejan estas palabras:

«Día 26 de Septiembre.—Sábado.—La madrugada es tranquila; poco «paqueo», que sobre las dos aumenta en intensidad un momento para en seguida decaer y seguir como antes.

»Al ser de día se ve una batería emplazada a media ladera cerca de la Casa del guarda y el enemigo a la misma altura, a caballo, sobre la carretera, pero sin verse nadie sobre la cresta ni enemigo ni muestra.

»La observación acusó durante la madrugada gran movimiento de coches de Toledo a Madrid y viceversa, en igual número aproximadamente en un sentido que en otro.

»A las siete se siente intenso cañoneo y se ven algunas explosiones de las baterías de nuestra columna.

»El día va pasando con «paqueo», que en algunos momentos aumenta su intensidad, pero en seguida vuelve al ritmo lento. Sobre la marcha de las operaciones de nuestra columna, no es posible consignar nada fijo, por ignorar los propósitos del Mando y no verse desde el Alcázar el sitio donde posiblemente se está desarrollando la acción, que se supone sea, una vez pasado el río Guadarrama, marchar en dirección a Bargas a tomar las alturas que dominan la carretera de Madrid y la entrada a Toledo.

»En los emplazamientos de las baterías enemigas sólo quedan dos piezas, que, al parecer, disparan en dirección a Bargas.

»Se ha visto perfectamente por nuestra observación, cómo un avión de caza enemigo ha abatido un trimotor de bombardeo nuestro, arrojándose con paracaídas los cuatro tripulantes, no viéndose el sitio en que hayan podido caer (1).

<sup>(1)</sup> Más adelante damos cuenta más detallada de este hecho.

»Durante todo el día se oye cañoneo lejano, que confirma la creencia de que la operación consiste en tomar Bargas.

»Al obscurecer, una batería enemiga, emplazada en las proximidades de la carretera de Bargas con la de Madrid, tira en dirección hacia Bargas, lo que asegura aún más nuestra anterior creencia.

El resto del día transcurre con «paqueo» no muy intenso. Bajas en este día: un muerto, seis heridos y un contuso.

Día 27 de Septiembre.—Domingo.—Durante la madrugada sigue el «paqueo» como en la noche anterior, y a las 5,30 rompen el fuego las piezas del 15,5 emplazadas en Pinedo, y entre las treinta detonaciones que se disparan se oye una de mayor intensidad, que llena de polvo y humo muy negro todas las dependencias del Alcázar, creyendo cada uno haya sido una granada cercana, por lo que se supone pudiese ser la explosión de un hornillo o fogata, comprobándose lo primero, pues en la explanada E. y cerca del torreón N., se veía el embudo producido por el hornillo, que tiene aproximadamente unos treinta metros de diámetro por cuatro o cinco de profundidad, como asimismo el aumento que sufrió la brecha hecha por el cañón en esta fachada E.

Inmediatamente de la explosión y cañoneo, empieza el intento de asalto, que, como siempre, fué rechazado con gran espíritu. Sobre las 7, en que había decrecido el fuego, se vió en la puerta principal una gran columna de humo negro y llamas, que se eleva verticalmente, no entrando en el patio, como era su propósito; estas llamas fueron producidas por el incendio de la gasolina que arrojaban con una bomba. Aumentó otra vez el tiroteo, rechazándose por segunda vez este otro intento de asalto.

La observación acusa que por el horizonte, hacia Bargas, se ven las guerrillas de nuestras columnas que avanzan sin gran resistencia; y como se ven los mandos de las secciones a caballo, se supone fundadamente sean el Tercio y Regulares, y a más por su perfecta formación en orden de combate.

La artillería de nuestra columna bate la Plaza de Toros y después las lomas de Pinedo, donde estaban emplazadas las piezas del 15,5 cm., que apenas terminaron el fuego, dejaron el emplazamiento. Se ordena izar la bandera bicolor en las ruinas del torreón NO, que apenas es vista por el enemigo, intensifica notablemente

el fuego.

Se toman las disposiciones para establecer contacto con heliógrafo y radio con nuestra columna. Esta sigue avanzando, al parecer, sin gran resistencia, muy cerca de la dehesa de Carrasco. En los mensajes se les saluda, abraza y se les dice resistimos bien. A las 10,50 se oyen una serie de detonaciones subterráneas por las calles que circundan el Alcázar, y se supone sean las fogatas que tenían preparadas en los alrededores para caso de una salida nuestra; al mismo tiempo nuestros aparatos bombardean los alrededores del Alcázar y Santa Cruz.

A las 12 se ven ya perfectamente las guerrillas de nuestra columna por las lomas que dominan el Cementerio, marchando hacia la Fábrica de Armas; no se oye tengan mucho fuego.

El Sr. Coronel dispone que, por conducto de nuestros rehenes, se envien cartas a los dirigentes de Toledo, comunicándoles que nosotros, en nuestra salida, respetaremos sus familias siempre, y como es natural, que ellos hayan respetado las nuestras y las sigan respetando hasta el último momento. Estos contestaron que no les había ocurrido nada a las familias, las cuales se encontraban bien, aconsejándoles nosotros se marchasen o rindiesen para evitar luchas fratricidas en las calles de Toledo; aseguraron respetarían nuestras familias siempre que los Regulares y Tercio no cometiesen los desmanes que, según ellos decían, venían cometiendo por todos los sitios de paso. Todo esto se les comunicó a las columnas.

El cañón de montaña de 7 cm., que estaba emplazado en el sótano frente a la Puerta de Capuchinos, fué trasladado a la Biblioteca de Caballería, desde donde se batió el camino de Algodor y la carretera de Mocejón, por donde el enemigo se retiraba. A las 4 se nota por el Cerro de los Palos un cañón disparando en dirección a la Fábrica, y que en seguida se lo llevan por la carretera de Navalpino.

A las 17, tres trimotores de bombardeo nuestros, protegidos por cinco cazas, vuelan sobre el Alcázar, bombardeando sobre algunos puntos de Toledo.

A esta hora, la columna de nuestros hermanos se encuentra sobre San Eugenio y Pista de Caballería. A las 18,30 avisa nuestra observación que hay Regulares en Zocodover y explanada Norte.

Una vez identificados, pasan por los escombros un Teniente con un pelotón, y después, sucesivamente, va llegando el resto de su Compañía y la 5.ª Bandera del Tercio, que pernocta en el Alcázar.

Por la noche, se consigue hablar con el aparato de luces con el General Varela, que nos saluda y pide datos que por su naturaleza van destinados a informar al General Franco y periodistas que con la columna vienen. Durante la noche no se oye un solo tiro.

Bajas de este día: dos muertos, cuarenta y uno heridos y diecinueve contusos.

Día 28 de Septiembre. —Lunes. —A las 6 salen del Alcázar la Compañía de Regulares y la 5.ª Bandera a ocupar los objetivos designados por su Mando, y conforme avanza la mañana, van llegando las distintas fracciones de la columna. Sobre las 10 entra el General Varela, que recorre todas las dependencias. Un Sacerdote que viene con la columna dice Misa en los sótanos.

La Plana Mayor se traslada al Hotel Castilla y allí empiezan los trabajos de organización de la Capital, en sus distintos aspectos, que después se extenderá a la provincia.

Bajas de este día: tres muertos, seis heridos y un contuso (1)».

El entusiasmo del momento quedó en las páginas escritas por el Sr. Martínez Leal con sobria sinceridad: «Cuando el crepúsculo vespertino pierde sus matices—se lee en su obra—, y la noche comienza a extender su negro manto por el espacio infinito, las heroicas tropas de Regulares avanzan impertérritas por los escombros de la explanada Norte con su Oficial a la cabeza, D. Luis Lahuerta Ciordia. En idéntica forma suben por las ruinas de la explanada Este la 5.ª Bandera de los heroicos Legionarios con su Capitán al frente, D. Carlos Tilde Zeden.

¡Vivan los intrépidos soldados del Ejército Español! Es el grito unánime de los alcazareños hacia ese puñado de valientes que han liberado a sus hermanos, que los abrazan, los besan y lloran de emoción al sentir que la Patria surge como por encanto al conjuro de esos bizarros militares (2)».

<sup>(1)</sup> J. Arrarás y L. Jordana. El Sitio del Aledzar, págs. 108 a 112.

<sup>(2)</sup> El Asedio del Alcázar de Toledo, pág. 177.

15.—En honor y con esperanza.—La liberación del Alcázar de Toledo levantó un clamor universal de admiración y despertó la más absoluta esperanza de la reconstrucción de España. En la zona Nacional, fueron todas las ciudades y poblaciones de importancia teatro de manifestaciones fervorosas en las que todos se hermanaban, para expresar la incondicional adhesión al Generalísimo, la confianza en el Ejército y el amor a la Patria. La noche del 27 de Septiembre contempló a los españoles en vigilia voluntaria de exaltación. El día 28 se elevaron preces al Altísimo dando gracias e impetrando la liberación total de la Patria, aherrojada y triste. Los poetas centaron al heroismo, y muchas capitales y entidades organizaron certámenes. Incluímos la poesía de nuestro Académico correspondiente don Federico de Mendizábal, la cual fué premiada en el Certamen celebrado en Burgos en Junio de 1938.



## EL ALCAZAR DE LA GLORIA

Al padre mártir, al heroico Caudillo, General Moscardó. Con emocionado asombro.

¡Recios cantos de triunfo de la Historia: la Musa de la Gloria
os emplaza en el ara del Destino!
¡Sonad, heroicas citaras de Ercilla,
de Quintana y Zorrilla,
la de Herrera—el humano y el divino!
¡Canta—rota de asombro
voz del Poeta, trompa de los siglos—
de Satanás los bárbaros vestigios
hundidos en catástrofe.

Un escombro
—sepulcro de los héroes entreabierto—
surge trágico, incierto,
y arde aún... ¡Es, Toledo! Que fundida
por seis razas en épicas batallas,
levanta en nueva gesta estremecida
la corona inmortal de sus murallas!

¡Toledo! ¡La Ciudad de los atlantes; la secular Matrona de Castilla; la del Genio del Greco y de Cervantes; la del sangriento acero de Padilla; la que frente a Luzbel hoy no se arredra y eterna como ayer en su campaña, una esfinge al Oriente en cada piedra, con sus éxtasis labra por España!

¡Toda España está alli! ¡Toda su Gloria! ¡El águila imperial de Carlos V, el mundo recorrió, y en su recinto, halló el único templo de su Gloria: su Alcázar!

¡El que un día por designio del Genio de la guerra, engendró la española Infantería que supo conquistar en cielo y tierra con el azul de Triunfo de Maria, su heráldico blasón, que puro, encierra, un sol, que por su ley, no se ponía! Dos águilas le guardan altaneras y emplazadas de cara al firmamento, de un siglo en otro han visto el juramento de morir por España en sus banderas!

Hecho de oro en el sol de los Imperios, de Milán hasta Flandes, de Lepanto y Pavía hasta los Audes, con sus armas selló dos hemisferios. Y alli levanta estoico la cabeza sobre su Alcázar; recia fortaleza donde al bombardearla el cataclismo de Satán, cada torre que se hunde, pare nuevos titanes de su abismo, iy en sueño delirante de heroismo toda la Historia Hispánica se funde, con sublime conjunto que resucita en inclita arrogancia, el estertor de muerte de Sagunto y el montón de pavesas de Numancia!

Por un milagro, intacta se levanta para que ante Luzbel su Gracia oponga, la imagen de la Virgen pura y Santa y con ella otro nombre: ¡Covadonga! Entre el rencor de fuego del asedio infernal cobarde y ciego, se besan, al morir, los Crucifijos, el héroe vivo aún, rie, se bate, jy las hembras, en medio del combate, dan a luz de Castilla, nuevos hijos!

Cerca mueren ancianos arengando-ya trėmulas-sus manos... Y... ved: tiembla la gloria de todo el firmamento de la Historia: un hijo del Caudillo, la canalla promete asesinar, de no rendirse; y, lejos de abatirse, firme al destino cruel en que se halla, «¡Ponte con Dios a bien-dice-hijo mio!». Y en visión de increible desvario el héroe militar surge sereno; el corazón del padre sufre y calla..., y encarna en Moscardo Guzmán el Bueno, como una aparición en la muralla! El mundo que lo mira, se estremece; graba la Eternidad su excelsa hazaña... y sobre el padre y mártir resplandece con un beso de amor, llorando, España!

En un rugido para el mundo alerta ¡el león español ya se despierta! ¡Salve a su despertar!

El nuevo dia

con colosal denuedo le traza con un sol de profecia la Gloria en el Alcázar de Toledo, ique ya no es un Alcázar!

Es... el Mito del alma nacional. Es el emblema de la Inmortalidad hecho infinito.

Es altar, donde el rito de mi España conjura su anatema contra Satán, al fin estrangulado... ¡Es un templo sagrado; es profético escudo que en medio de Castilla y en ceniza, despedazado, mudo, como entreabierta fosa simboliza resurrección de ciclopes y dioses homéricos. Es Musa de la Gloria el ara donde acaso te desposes con Dios y con la Patria y con la Historia!

Y es en esta campaña nuestra fe de titán, del mundo asombro: ¡el corazón de España que en medio de la lucha y del escombro que le llenan, asoma en su recinto sobre su cuerpo enhiesto, la cabeza imperial de Carlos V, dirigiendo el combate con su gesto!...

¡Basta, basta!... ¡La gloria se agiganta, y su grandeza es tanta que será inútil, Poesia, que oses cantar su excelsitud... ¡ay! no la canta ni la humana garganta ni la llamada «Lengua de los Dioses!».

Composición premiada en el Certamen Literario celebrado en Burgos. Junio 1938. (Il A. T.)

16.-El Alcázar en la Historia.-Dice Pisa en su Historia de Toledo: «La principal casa, en lo temporal, que ay en esta Ciudad, de que se desea hazer honorifica mención, es el Alcaçar y casa real.... así en sitio como en dignidad (1)». Por su parte, al iniciar el capítulo correspondiente, escribe Parro: «¿A qué hemos de comenzar este artículo con las estériles (aunque bien sentidas y justísimas) lamentaciones, en que con tanta sobra de razón como falta de resultados, han prorrumpido cuantos de siglo y medio a esta parte han escrito algo de Toledo y de su Alcázar, y a que se entregan irremisiblemente todos los hombres amantes de las artes y entusiastas por las glorias españolas que aciertan a visitar este soberbio monumento del siglo XVI, levantado por los mejores arquitectos de aquella época de grandeza y esplendor a expensas y bajo la continua inspección de dos Monarcas cuyos nombres eran respetados en ambos mundos y ocuparán siempre un lugar muy distinguido en la Historia? (2)». De antiguo data la apreciación justa y admirativa de la grandeza del

<sup>(1)</sup> Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo e Historia de sus antigüedades y grandeza..... Toledo. Por Pedro Rodriguez, pág. 27. (Hay ejemplares en fecha 1605 y otros de 1617. Véase La imprenta en Toledo....., por D. Cristóbal Pérez Pastor. Madrid, 1887, pág. 186, núm. 456).

<sup>(2)</sup> Toledo en la Mano...., por D. Sixto Ramon Parro. Toledo, 1857, tomo II, pag. 547.

monumento de que nos ocupamos y la protesta por las varias destrucciones de que ha sido objeto, nunca llevadas al extremo que hemos podido contemplar, desgraciadamente, en nuestros días.

Varios Alcázares ha habido en la Ciudad de los Concilios, lo cual tiene clara explicación por la situación estratégica que ocupa y la importancia histórica que alcanzó hasta que Felipe II fijó la Corte en Madrid. Esta variedad de Alcázares ha motivado algunas confusiones, para obviar las cuales, señalaremos sucintamente las características de los que se conocen.

Aunque se indica como el más antiguo de todos al que acaba de cubrirse de gloria, hemos de mencionar primero aquél que, construído por los godos, fué tomado por los moros al apoderarse de Toledo, y se le llamó Alcázar de Galiana, dando lugar a que se forjasen levendas siempre puestas en duda por los historiadores, y hoy navegando con rumbo nuevo al demostrar Menéndez Pidal (1) la existencia del camino de las Galias, sobre el que se alzan todos los Palacios con el apelativo común que inspiró más tarde a los poetas la personificación de la interesante Princesa y las diversas tradiciones que a ella se refieren. El Alcázar de que hablamos se alzaba en el lugar que hoy ocupan Santa Cruz y los Conventos de Santa Fe y la Concepción, de los cuales hemos de tratar más adelante. Allí vivió Alfonso VII v allí se celebraron las Cortes solicitadas por el Cid para lograr justicia contra la ofensa de los Infantes de Carrión en Robledo de Corpes, y concedidas por el Monarca en uno de los momentos en que supo apreciar la significación del héroe castellano diciendo, según consta en el cantar:

> «Dizidle al Canpeador—que en buen ora nasco, »que destas siet sedmanas—adóbes con sos vasallos, »vengam a Toledo—, éstol do de plazdo. »Por amor de mio Çid—esta cort yo fago. »Saludadmelos a todos—entrellos aya espaçio; »desto que les abino—aun bien serán ondrados».

Las crónicas toledanas señalan otro Alcázar hacia el Puente de San Martín, cerca de la iglesia de Santa Leocadia y no lejos

<sup>(1)</sup> Véase Anales de la Universidad de Madrid, (Letras) I, núm. 1, 1932. Reproducido con importantes correcciones en Historia y Epopeya. Obras de R. Menéndez Pidal, vol. II. Madrid, 1934, págs. 263 a 284.

de la Puerta del Cambrón. También ha sido eje de tradiciones, pues se le indica como vivienda del Rey D. Rodrigo, y a él va unida la leyenda de Florinda, la hija del Conde D. Julián. Dos modernos escritores consignan que «la importancia que debía tener este Palacio como última vivienda de los Reyes godos y como comprendido además en el interior de la muralla con que Wamba había cercado la Ciudad, y su magnífica posición en la parte del río que defendía de un ataque probable por la Puerta del Cambrón, hizo sin duda que los árabes lo conservaran largo tiempo y aun parece que lo renovaron, atribuyéndose esta reparación al Rey Almamún, padre de Santa Casilda. Fúndase esta aserción en las inscripciones de unos fragmentos y bajo-relieves que existen en el Museo Provincial, en las cuales se lee repetidas veces: «Gracias a Dios y loado sea su nombre. El imperio es de Dios y loado sea su nombre. Dios es eterno (1)».

Mucho se discute sobre el emplazamiento que pudo tener el Alcázar que suele llamarse de Montichel, y al que va unida la leyenda de la noche toledana, en la que Amrú mostró su ferocidad mandando asesinar a los nobles que acudieron solícitos aceptando la invitación para honrar al Príncipe Abderrahman, hijo de Alhaquem. Desde luego, puede afirmarse que estuvo en el barrio de San Cristóbal.

Un nuevo alcázar se conoce, sin que pueda precisarse el lugar en que estaba emplazado, palacio en que vivían los walíes en tiempos de Hixem II. Del Cronicón de D. Pelayo, Obispo de Oviedo, procede la leyenda que se supone desarrollada en tal palacio y que se refiere a Doña Teresa, hermana de Alfonso V de León (2). Parece que este edificio se encontraba cerca del Colegio de Santa Catalina, hacia las casas del Conde de Cedillo.

Por último, parece ser que en unas casas de Alfonso VII, o

<sup>(1)</sup> Historia del Alcázar de Toledo, por Francisco Martín Arrúe y Eugenio de Olavarria e Huarte. Madrid. Imprenta de Infanteria de Marina, 1889, pág. 32. Los mismos autores recogen la opinión de Mariategui, que atribuye al arte mudéjar estas fajas, siendo probable que correspondan a las reformas realizadas por el Infante D. Fadrique, tio de D. Sancho. Pisa, por su parte, sugiere la sospecha de que el Alcázar donde vivió Santa Casilda fué el llamado de Galiana, del que hemos hablado anteriormente.

<sup>(2)</sup> P. Florez, España Sagrada, tomo XIV, pág. 468. Recogió y amplió la leyenda el P. Mariana, Historia de España, lib. VIII, cap. X.

tal vez de Alfonso VIII, en las que estableció el Monasterio Real de San Clemente, hubo casas mencionadas por Pedro de Alcocer, con el nombre de Alcázar, en lo que es seguido por otros escritores.

«El Alcáçar que oy es-escribe Pisa-, y permanece en esta ciudad, en el sitio más alto della..... le començó y mandó hazer el Rey don Alonso, aviendo ganado a Toledo, para tenerla bien poblada y guarnecida de todo lo necesario para su defensa, por auer quedado en ella muchedumbre de moros. Aunque algunos dizen, que hallando el Rey hubo en este sitio el Alcácar de tapias de tierra, le començó a labrar de piedra y edificio fuerte, y le vino a acabar el Rey don Fernando el Santo, o don Alonso su hijo. De qualquier suerte que sea, fué y le dió principio el dicho Rey don Alonso sexto: el qual juntamente hizo el muro que hasta oy va desde este Alcáçar al de Galiana. Este muro se continúa desde este Alcáçar, por la plaça de Zocodover, hasta la puerta de Perpiñán, y fué hecho para distinguir los moros (que conforme a los partidos auian quedado por moradores de la ciudad) de la morada de los Christianos, y en guarda y seguridad dellos, los quales morauan desde el arco que oy vemos baxo de la capilla de la preciosa sangre, hasta la puente de Alcántara, a vna parte v a otra».

«La tenencia y guarda deste Alcáçar, con presidio de mil hijosdalgo Castellanos, dió el rey don Alonso al buen Cid Ruy Diaz, que fué el primero Alcayde de Toledo, después que fué ganada de poder de moros. Después el Cid, poniendo en su lugar otro cauallero, hizo para su morada, cerca del mismo Alcáçar, las casas que aora se diçen San Juan de los Caualleros.

Finalmente este Alcáçar y casa real y palacios (que sólo él permanece entre los quatro ya referidos) es de tanta fortaleza, grandeza, magestad y sumptuosidad, qual pertenece para los esclarecidos y tan poderosos Reyes de España: y ha sido acrecentado por los Reyes sucessores, y aora últimamente por el inuictíssimo Rey don Philipe segundo nuestro Señor: de suerte que no me atreuo con mi poco ingenio a hazer dél la descripción que corresponda a su dignidad. El Rey don Alonso décimo, hizo labrar todo lo mejor que ay en él (Chronica del Rey don Pedro, lib. 2, c. 17). Los Reyes Cathólicos don Fernando y Doña Ysabel, labraron vna sala muy espaciosa en baxo, en la qual se ven

oy sus escudos de armas, y la diuisa del yugo, con la letra Tanto monta. Encima desta ay otra sala ricamente labrada por don Aluaro de Luna, en seruicio del Rey don Juan el segundo (1)».

El signo del Alcázar toledano fué trazado ya desde la Reconquista, al nombrarse por su alcaide a Rodrigo Díaz de Vivar, el héroe nacional castellano, que correspondió a las decisiones veleidosas de su monarca, con trazar el camino que habría de llevar triunfante a la cruz, y reparando injusticias con su recta doctrina del Derecho.

El valor y la hidalguía hermanadas siempre en la figura del Cid. han tenido constante asilo en los muros del histórico monumento de Toledo. Su segundo alcaide es una buena prueba de esto, pues para desquitarse de la derrota por la que perdió su castillo de Mora, atacó a los reinos de Córdoba y Sevilla, fronterizos del toledano, consiguiendo tal victoria, que pudo volver a la Ciudad con las cabezas de los dos reyes moros por trofeo y gran cantidad de nobles enemigos como complemento del riguísimo botín. La muerte de Alfonso Munio o Munio Alfonso. que así se llamaba el alcaide, causó tan gran sentimiento al Emperador, que organizó una expedición contra Aurelia u Oreja, y cuentan las crónicas que, se presentaron entonces las huestes del Emperador de Marruecos Tachfin, reforzadas con gentes proporcionadas por Aben Gania, Rey de Valencia, y, apoyadas en el castillo de San Servando, organizaron el asedio de la Ciudad. La Emperatriz D.ª Berenguela, envió entonces un mensaje diciendo a los agarenos: «¿No conocéis que es mengua de caballeros y capitanes esforzados acometer a una mujer indefensa, cuando tan cerca os espera el Emperador? Si queréis pelear id a Aurelia, y allí podréis acreditar que sois valientes, como aquí dejaréis demostrado que sois hombres de honor si os retiráis». Replicaron los sitiadores que ignoraban estuviera allí la Emperatriz, y, prometiendo levantar el campo, rogaron que se asomara para saludarla. En efecto, mostróse D.ª Berenguela en un balcón con sus doncellas «cantantes in tympanis, et cytharis, et cymbaiis, et psalteriis».

En varias ocasiones semejantes a la relatada, fué el Alcázar testigo de escenas en las que, la caballerosidad e hidalguía his-

<sup>(1)</sup> Obra citada, pág. 29.

panas tuvieron excelente manifestación. En los días del Rey don Pedro, mientras el Monarca daba acogida en la regia mansión a la concubina D.ª María de Padilla, y ordenaba luego que sirviera de cárcel a D.ª Blanca de Borbón, los toledanos sintieron simpatía tal por la desgraciada Reina, que la ampararon en la Catedral cuando, por consejo del Obispo de Segovia, quien era toledano, había pedido ir a orar antes de subir a su residencia. Subió más tarde, protegida por el movimiento popular, y Toledo tuvo que sufrir las iras del impetuoso Rey, el cual mandó trasladar a Sigüenza a su esposa, señalando la tradición todavía la habitación que supone fué prisión de D.ª Blanca durante los pocos días que siguió en Toledo, después de adueñarse de la situación el que la historia recuerda como cruel. Los injustos propósitos de D. Pedro quedaron vencedores, para demostrarse una vez más que no es la tierra el centro de las almas; pero D.ª Blanca supo de la condición amable y fiel de las mujeres de Toledo, y de la firmeza y resolución de los varones de la imperial ciudad.

Que la posesión del Alcázar fué siempre la clave del dominio de la población, quedó probado con harta frecuencia; así en las luchas entre los Silvas y los Ayalas, en las que resistió Garci-López a la rebelión, hasta que llegaron las fuerzas del Monarca para apaciguar a la ciudad. La capitulación de D. Juan de Silva, hizo dueños del Alcázar a los comuneros, y D.ª María de Pacheco, viuda de Padilla, mantuvo la resistencia de la causa popular castellana, gracias al dominio de la fortaleza. Y es de señalar el hecho gallardo de que esta dama, al contemplar la valentía con que luchó D. Pedro de Guzmán, hijo del Duque de Medinasidonia, en un combate habido en los alrededores de San Servando y hecho prisionero el joven, a causa de las heridas que recibiera, las cuales le impidieron seguir defendiéndose, salió D.ª María para recibirle, mandó que se le cuidase con todo esmero, y ya repuesto de sus males, le otorgó la libertad con el ruego de que solicitara el canje de varios caballeros toledanos, a cambio de aquella libertad que se le concedía. El noble don Pedro gestionó lo que se le pidiera y logró que se convirtieran en realidad los deseos de la excelente toledana.

Momentos solemnes del reinado D. Carlos I, se desarrollaron en este Alcázar. En 1525 hubo Cortes en las que, con pompa externa extraordinaria, se adoptaron acuerdos que constituían el

decaimiento más absoluto de aquella institución. Acompañaron al Emperador, su hermana D.ª Leonor, viuda de D. Manuel de Portugal, y D.ª Germana de Foix, viuda de D. Fernando el Católico, asistiendo también un legado del Papa, los enviados del Regente de Francia para gestionar la libertad de Francisco I, los embajadores de Inglaterra, Venecia y otros reinos y gran número de magnates y procuradores castellanos, y se resolvió conceder doscientos cuentos de maravedís al Rey, aconsejándole casase con D.ª Isabel de Portugal, y alcanzaron la promesa del Monarca de que contestaría definitivamente a todas las peticiones, antes de que se cerrasen las Cortes. Carlos I prescribió los poderes que habían de llevar los procuradores, que la votación de servicios había de preceder a la satisfacción de las quejas y otras materias semejantes, tomando gran incremento la concesión de mercedes a los Diputados, para tenerlos propicios.

Poco después, en el mismo año, concedía el Monarca una audiencia pública y solemne al Virrey de Nápoles, Carlos de Lannoy, y en el Alcázar se celebraron igualmente las entrevistas entre el Emperador y la Princesa Margarita, hermana de Francisco I.

También parece que fué recibido como huésped en el Alcázar el Duque de Borbón, antes de que fuese llamado el Marqués de Villena para que diese albergue al Duque en su Palacio, dando con ello motivo a la hazaña perpetuada por el Duque de Rivas en su romance «Un castellano leal».

Cuando en 1538 se reunieron las últimas Cortes que el Emperador convocó en Castilla, se efectuaban con tal intensidad las obras de reconstrucción, que se alojaron en el Palacio del Conde de Mélito, tanto Carlos I como la Emperatriz, hasta que D.ª Isabel se trasladó al Palacio de los Ayalas, donde falleció el 1.º de Mayo de 1539, al dar a luz a un niño muerto. El traslado del cadáver para ser enterrado en Granada, originó la conversión de San Francisco de Borja, en episodio perpetuado por el arte y por la religión como merecía. En las mencionadas Cortes, por negarse a aprobar el impuesto de la Sisa, resolvió Carlos I la disolución, con reformas para lo futuro, que cambiaron por completo la característica y la eficacia de aquella institución.

En los días de Felipe II no hubo menores fiestas y solemnidades, si bien puede decirse que resultaron flor de un día. Llegada Isabel de Valois, a la sazón de quince años, y verificadas las bodas en Guadalajara, se trasladaron en seguida a Toledo, donde las danzas de doncellas de la Sagra, de espadas. de gitanas, de moriscas, etc., y los juegos de cañas, y músicas. y comparsas de gremios, y toros, y fuegos artificiales, se aunaron para festejar a la extranjera, que recibió el apelativo de Princesa de la Paz y que conquistó al punto las generales simpatías por su belleza y talento. Estas fiestas hubieron de interrumpirse, por enfermedad repentina de D.ª Isabel; pero, reanudadas, vinieron a completarse con el esplendor de las Cortes, en las que fué jurado por heredero de la Corona el Príncipe don Carlos, quien, a su vez, juró guardar los fueros y leyes del Reino. Entre las peticiones formuladas al Monarca en aquel entonces, figuran la suspensión de la venta de lugares pertenecientes a la Corona; que se terminara con la mayor rapidez posible la recopilación de las leyes; que se reformara el lujo en los trajes, materia en la que daba buen ejemplo el Rey; que no se permitiera la emigración del dinero; que se suprimieran las aduanas entre Castilla y Portugal; que se prohibiera el oro y la plata en las vajillas y adornos de los interiores de las casas; que se fortificaran los lugares de las costas; que no tomara el Rey para sí el dinero que venía de Indias, y otras materias de no menor interés.

«Poco tiempo permaneció la Corte en Toledo—escriben Martín Arrúe y Olavarría—. La incomodidad consiguiente a habitar un edificio sin concluir; el frío excesivo del invierno del año 1561, en que una abundante nevada hizo difícil y hasta peligroso el tránsito por las calles; la carestía de los comestibles y el desvío de los toledanos hacia los cortesanos, que no disimulaban su deseo de dejar a Toledo, disgustaron a Felipe II, que por su parte tenía pensado hacía tiempo establecer su Corte en Madrid, cuyo clima, entonces saludable, le era muy grato, y la trasladó a dicha villa el año 1565. Con esto recibió Toledo un golpe mortal, y fué de día en día perdiendo su pasado esplendor, y el Alcázar no volvió a cobijar bajo su techo a ningún Monarca español» (1).

(Continuará.)

ABBBP